SCB #16357

J. A. Mechoy
5.2.95.

Cafe

RECUERDOS

DE

NIÑEZ Y DE MOCEDAD

Madrid : V. Suárez : 1908

I

Yo no me acuerdo de haber nacido. Esto de que yo naciera—y el nacer es mi suceso cardinal en el pasado, como el morir será mi suceso cardinal en el futuro—esto de que yo naciera es cosa que sé de autoridad y, además, por deducción. Y he aquí cómo del más importante acto de mi vida no tengo noticia intuitiva y directa, teniendo que apoyarme para creerlo, en el testimonio ajeno. Lo cual me consuela haciéndome esperar no haber de tener tampoco en lo porvenir noticia intuitiva y directa de mi muerte.

Aunque no me acuerdo de haber nacido, sé, sin embargo, por tradición y documentos

fehacientes que nací en Bilbao, el 29 de Setiembre de 1864.

Murió mi padre en 1870, antes de haber yo cumplido los seis años. Apenas me acuerdo de él y no sé si la imagen que de su figura conservo no se debe á sus retratos que animaban las paredes de mi casa. Le recuerdo, sin embargo, en un momento preciso, aflorando su borrosa memoria de las nieblas de mi pasado. Era la sala en casa un lugar casi sagrado, á donde no podíamos entrar siempre que se nos antojara, los niños; era un lugar donde había sofá, butacas y bola de espejo en que se veía uno chiquitico, cabezudo y grotesco. Un día en que mi padre conversaba en francés, con un francés, me colé yo á la sala y de no recordarle si no en aquel momento, sentado en su butaca, frente á Mr. Legorgeu, hablando con él en un idioma para mí misterioso, deduzco cuan honda debió de ser en mí la revelación del misterio del lenguaje. ¡Luego los hombres pueden entenderse de otro modo que como nos entendemos nosotros! Ya desde antes de mis seis años me hería la atención el misterio del lenguaje; ¡vocación de filólogo!

Tal es mi más antiguo recuerdo de familia. El de historia no lo recibí directamente de ella, sino á través del arte. En Setiembre de 1868, cuando cumplía yo mis cuatro años, estalló la Revolución de Setiembre, y de su repercusión en Bilbao nada recuerdo directamente. Pero no debió de ser mucho después cuando en una galería de figuras de cera llevaron á mi pueblo la representación del fusilamiento de Maximiliano y sus dos generales Miramón y Mejía, ya que el suceso ocurrió en 1867. Hirió mi imaginación la tragedia de Querétaro representada en figuras de cera, en la forma menos artística del arte pero en la más infantil, y aun me parece ver al pobre emperador de Méjico de rodillas, con sus largas barbas y vendados los ojos. Lo he recordado varias veces al leer el *Miramare* de Carducci, que me le sé de memoria y lo he traducido en verso castellano.

Mis recuerdos empiezan con los de colegio, como es forzoso en niño de villa, nacido y criado entre calles.

II

El colegio á que me llevaron no bien había dejado las sayas, era uno de los más famosos de la villa. Era colegio y no escuela—no vale confundirlos—porque las escuelas eran las de *de balde,* las de la villa, por ejemplo, á donde concurrían los chicos de la calle, los que se escapaban á nadar en los Caños, los que nos motejaban de *farolines* y llamaban padre y madre á los suyos, y no como nosotros papá y mamá.

Fué mi primer maestro, mi maestro de primeras letras, un viejecillo que olía á incienso y alcanfor, cubierto con gorrilla de borla que le colgaba á un lado de la cabeza, narigudo,

con largo levitón de grandes bolsillos—el tamaño de los bolsillos de autoridad—algodón en los oidos, y armado de una larga caña que le valió el sobrenombre de *el pavero*. Los pavos éramos nosotros, naturalmente; y tan pavos!...

Repartía cañazos, en sus momentos de justicia, que era una bendición. En un rinconcito de un cuarto oscuro, donde no les diera la luz, tenía la gran colección de cañas, bien secas, curadas y mondas. Cuando se atufaba, cerraba los ojos para ser más justiciero, y cañazo por acá, cañazo por allá, á frente, á diestro y á siniestro, al que le cojía le cojía y luego la paz con todos. Y era ello una verdadera fiesta, porque entonces nos apresurábamos todos á refugiarnos del cañazo metiéndonos debajo de los bancos.

Esto era para el juicio general ó colectivo; mas para el juicio individual, para las grandes faltas y para los grandullones, tenía guardado un junquillo de Indias, no huero como la caña, sino bien macizo y que se cimbreaba de lo lindo cuando sacudía el polvo á un delincuente.

¡Qué cosa más augusta era un castigo público! Nunca me olvidaré del que sufrió Ene-

Ello fué que una mañana llegó acongojada su madre diciéndole al maestro que el chico era de la mismísima piel del diablo, incorregible, completamente incorregible; que todo se le volvía hacer rabietas, tomar corajinas y pegar á la criada; que ella, su madre, estaba harta de mandarle á la cama sin cenar; que no cedía ni por esas, y finalmente, que la noche anterior le había tirado á ella, á su madre, un plato. Y aunque de esto otro que voy á decir no me acuerdo, supongo que añadiría que con el padre no había que contar, pues con eso de tener que ir á su oficina se sacudía del cuidado de corregir al chico, y luego era un padrazo y lo encontraba todo bien y más de una vez había dado la razón al muchacho. Esto no lo recuerdo, repito, sino que lo añado; pero á todo historiador debe serle permitido colmar las lagunas de la tradición histórica con suposiciones legítimas, fundadas en las leyes de la verosimilitud.

Y la madre acabaría con unas palabras por el estilo de estas: «Yo no sé, no sé á dónde va á ir á parar, pero de seguro no á buen sitio... este chico, si no se corrige, acabará en presi-

dio». Esto dicho delante del chico y para que éste lo oyera. Y el chico en tanto mirando al suelo y con las manos en los bolsillos para tenerlas más calientes y más seguras.

El maestro se encargó del escarmiento.

Me acuerdo de esto como si fuese de cosa de ayer mañana. Se dió fin á las tareas un poco antes, se rezó el rosario á carga cerrada, porque todos barruntábamos desusada solemnidad, y muy pronto nos hallamos en la clase de los chiquitos y sentados en largos bancos. El maestro se sentó bajo las bolas ensartadas en varillas de alambre que sirven para aprender á contar. No se oía una mosca. Cuando llamó el maestro al delincuente, teníamos todos el alma colgando de un hilo. Ene se adelantó hosco, pero sin derramar una lágrima, atravesando el flecheo de las miradas todas. El maestro nos le mostró y pronunció, más que dijo, unas palabras que nos llegaron al corazón, porque en estos momentos solemnes en la vida de los hombres y de los pueblos las palabras se pronuncian, no se dicen. Ahí era nada ¡faltar así á su madre! ¡y á su propia madre! ¡tirarle un plato! Algunos lloraban con un

nudo á la garganta; á otros el nudo les impedía llorar. Enseguida le hizo inclinarse y reclinar la cabeza en su regazo, el del maestro; mandó traer una alpargata y nos ordenó que uno por uno fuéramos desfilando y dándole un alpargatazo en el trasero. Y fuimos desfilando los verdugos y cumpliendo el mandato. Algunos ¡oh lijereza! se reían, pero los más graves como reclutas que se ven obligados á fusilar á un compañero. Era al fin, un semejante y todos sentíamos que aunque se debe odiar el pecado, el pecador no merece sino compasión. Hubo amigo del condenado que, pretextando una necesidad urgente é ineludible, huyó á refugiarse, como en un asilo, en el escusado, por no llenar la cruel consigna, y hubo también un tal Ese que le dió el alpargatazo con toda su alma y cerrando bien la boca al dárselo. Y esto nos indignó, porque era una venganza, una cochina venganza, y es infame convertir en venganza el castigo. El supliciado se diría, de seguro, viéndole por entre las piernas: ¡ya cacrás! Y así fué, que bien lo pagó más tarde, pues no hay plazo que no llegue ni deuda que no se cumpla. Cuando el

castigado levantó la cara, colorada de haber estado donde estuvo, exclamó el maestro compungido: ¿veis? ¡ni una lágrima! ¡ni una señal de pesar! este chico es de estuco. Y Ene se fué como había venido, con los ojos secos.

Decididamente, los castigos ejemplares son los que menos sirven de ejemplo por lo que tienen de teatro.

El colegio estaba en un antiguo caserón, hoy derruido para edificar una nueva casa sobre su solar, al concluir una vieja escalera, que daba á un patio pequeño, escalera de tramos desgastados y carcomidos y de anchas barandas lustrosas y renegridas por el roce de las manos y de las piernas. Porque era una delicia bajar la escalera, no á pié y escalón tras escalón, sino montado en la baranda, dejándose deslizar, sin pisar los escalones.

Era el tal colegio una gran bohardilla, con salidas á los tejados y una ancha estancia atravesada, á modo de columna cuadrada, por una chimenea. Había una campanilla de cordel para que llamaran los sirvientes y criados al ir á buscarnos y para que arrancáramos ó cortáramos el cordel de vez en cuando.

Aprendíamos allí muchas cosas, pero muchas... Entre ellas urbanidad. Al entrar, lo primero era detenerse en la puerta y agarrando á sus dos bordes con sendas manos, soltar el saludo: «buenos días tenga usté, ¿cómo está usté?», esto canturreándolo, acentuando mucho y alargando la última é, y allí, quieto, hasta recibir en cambio, el «bien ¿y usté?» á lo cual se decía: «¡bien para servir á usté!» y se podía ya pasar. Este saludo tradicional evolucionó poco á poco, como todo lo litúrgico y lo no litúrgico, hasta convertirse en un rápido y enérgico silabeo que sonaba algo así como: tas tas tas tas tas tausté!

Había días de visita, en los cuales salía el pasante y nos quedábamos esperándole. Tomaba fuera un sombrero, volvía, llamaba á la puerta, iba el maestro á abrirle y apenas entraba, convertido en visita, con su correspondiente sombrero en la mano, nos poníamos todos de pié y á una voz le espetábamos el saludo. Con una seña de la mano nos invitaba á que nos sentáramos y seguía la visita con una gravedad admirable.

¿Y cuando la visita era de verdad?... ¿cuan-

do venía alguien de veras á visitar la escuela? Entonces el maestro exhibía como á un bicho raro, á Vicente, uno de sus favoritos, que comía acibar, extraño fenómeno, caso admirable. Y no era la única particularidad del tal Vicente, sino que, además, se le había dislocado el brazo por el hombro tres ó cuatro veces, y él como si tal cosa. No sé qué relación guardaría lo de gustarle el acibar con lo de tener tan dislocable el hombro, pero alguna debería ser.

Cuando concluía la clase se ahogaba el orden impuesto en una vocinglería fresca que resonaba vibrante por entre el polvo de la bohardilla. Las voces recobraban libertad. Levantábase una nube de polvo, gritábamos hasta desgañitarnos, tomábamos por asalto al pobre viejecillo, desarmado ya de su caña; algún pequeñuelo trepaba á él, le buscaba granos de alcanfor ó *paciencias* en los bolsillos, guarecíanse otros bajo los amplios faldones de su enorme levitón mientras cantaban: «Don Higinio... patrocinio... de las almas... que se acojen... á vuestro paternal amor!» Quedaba el pobre viejecillo convertido en un racimo de chicuelos frescos y vivos, oreándose con el

aliento de la niñez. Él me enseñó los puntos cardinales y á orientarme por el mundo, cuando nos preguntaba: «¿por dónde sale el sol?», y nosotros «¡por allá!»; y luego, poniendo aquel punto á nuestra derecha y poniéndonos cara al norte, exclamábamos, señalándolos con el brazo: «¡norte!, ¡sur!, ¡este!, ¡oeste!». Él me enseñó las primeras lágrimas del arte; bajo su mano rompió mi mano á trazar aquellos palotes de que vienen estas letras; en aquel colegio me abrí á la vida social.

Viejo, chocho ya, vivía en la aldea de su última mujer—él había venido de una provincia lejana,—un antiguo discípulo suyo le visitó poco antes de él morirse, le vió él, el viejecillo, le reconoció ¡entre tantos como habíamos pasado bajo su caña! le puso la mano sobre la cabeza al modo de los antiguos patriarcas bíblicos y tal vez recordando algún grabado de libros de lectura, le dió luego un beso, buscó en el bolsillo una paciencia y lloró el pobre recordando aquel polvoriento bohardillón, resonante con la bullanga infantil, donde tantas veces había alijerado el peso de sus años el de los chicuelos colgados de sus rodillas, cobijados

bajo su levita. Medio Bilbao de entonces pasó en su niñez bajo la caña de Don Higinio, y Dios no dió á éste hijos de ninguna de sus mujeres. ¡Bendita sea su memoria!

III

Lo que recuerdo de mi primera época, de cuando estaba aun en la clase de los chiquitos, era el respeto con que mirábamos á los mayores, á los que ya andaban al Instituto, y sobre todo al más grande del colegio, á Cárcamo. Cárcamo se confunde en las nieblas más remotas de mi memoria con todo lo más importante, lo más fuerte, lo más grave, lo más poderoso. Cárcamo era el mayor del colegio..... ¡aivá! ¡qué bárbaro! Ser protegido de Cárcamo era una de las cosas más apetecibles. Y como Cárcamo desapareció de Bilbao y no volvimos nosotros á saber de él, su esfumado recuerdo

no se me ha desprestigiado con una realidad posterior.

La monotonía de la clase se quebraba cuando á media tarde, y á una señal dada, íbamos á beber agua á un pasillo, el del colgador para las gorras, al cabo del cual estaba la herrada con agua. Nos formábamos en fila é íbamos bebiendo uno tras otro de un tanque de hojadelata bastante herrumbrada á trechos. El último si que tenía que tragar babas... Algunas veces un gracioso metía gorras en la herrada y alguna vez algo aun más sustancioso que una gorra. ¡Cochinos, más que cochinos!

Ciertos días, me parece que era los sábados, nos enseñaban música, sin que nosotros la aprendiéramos. Escribía el maestro en un encerado-pentágrama las notas, llevaba el compás con su inseparable caña y todos á coro cantábamos. Terminaba la lección con el himno de los «Puritanos». Con no menos entusiasmo que nosotros nos desgañitábamos á berrear el

Suene la trompa intrépida...

se enardecía á agitar su caña él, Don Higinio, que había sido, decían, músico mayor en uno

de los batallones del pretendiente Carlos V. ¡Santa y dulce pureza la de la música!

Y como divertirnos ¡vaya si nos divertíamos en aquel colegio! Los niños de estufa, criados en casita al arrimo de alguna aya ó de algún curita francés, no pueden saber lo que es la vida, si es que alguno lo sabe. En el choque de las pasiones infantiles es donde se fraguan los caracteres, y por eso cuando veo que dos mocosuelos se están dando de mojicones, lejos de acudir á separarlos me digo: «así, así es como se harán; es el aprendizaje de la lucha por la vida». Porque los otros, los niños á quienes no les ha roto alguna vez las narices otro niño, rara vez aprenden que hay algo frente á su voluntad y no sobre ella. Y no es la voluntad de arriba, la del padre ó la del maestro, la que nos enseña á dirigir la nuestra, sino la de enfrente, la del otro muchacho que quiere lo que yo no quiero. La de arriba nos hace disimulados, tiranos con piel de esclavos.

Y como divertirnos ¡vaya si nos divertíamos! En mi vida pienso gozar tanto como gocé el día en que cojimos á un pobre gato y, desde el tejado contiguo al colegio y al que se

pasaba por una ventana á la que hubo luego que poner enrejado, le tiramos, chimenea abajo, por la del *fondero*. El animalito bajaba esforzándose por agarrarse á las paredes de la chimenea y haciendo así de deshollinador ó *arrascachimeneas*, como decíamos nosotros, mientras reventábamos de risa imaginándonos el estropicio que haría al caer en la cocina de la fonda, entre las cazuelas. Mucho, muchísimo más divertido que si lo hubiésemos visto, pues nos cabía figurarnos al antojo de nuestra figuración lo que allí sucedería. Y, en efecto, subió luego furioso el *fondero*, el del segundo, hecho un basilisco, protestando de que un gato envuelto en una nube de hollín había caido sobre su cocina, ensuciándolo todo y echando á rodar los pucheros. Y nosotros, imaginándonos la escena y traduciendo de los gestos y voces del fondista su grandeza cómica, no podíamos contener la risa, risa contenida que acrecentaba á su vez nuestra figuración cómica. Prometióle el maestro ejemplar castigo, y sucedió lo que entre gitanos y feriantes portugueses, que no se dió con el delincuente y quedamos sin paseo seis ó siete

de los sospechosos. Verdad es que el maestro mismo debió de reirse so capa de nuestra travesura.

Todos los días, después de clases, rezábamos el santo rosario, de rodillas sobre los bancos, en *crescendo*, con desmayo á poco de empezar y con gran brio al fin, cuando iba acercándose la liberación de aquella molestia. Pues se nos hacía pesadísimo aquel repetir y vuelta á repetir las mismas avemarías, aquel continuo engaitar—ó como decíamos nosotros: *engoitar*—á Dios. En la letanía nos divertía muchísimo arrastrar las eses finales del *orá, por nobissss....* (así, *por* y no *pro* y *orá*, no *ora*), luego venía un padre nuestro y un avemaría por las benditas ánimas del purgatorio, por nuestros parientes é interesados, *por* San Roque, abogado de la peste, por las necesidades del Estado y de la Iglesia, *por* el santo patrón del colegio (San Nicolás), y acababa todo entonando á grito pelado el: «aplaca, Señor, tu ira, tu justicia, *iturrigorri*, Señor!» sin que yo lograse en mucho tiempo averiguar á qué venía allí aquello de *iturrigorri*—tal es el nombre, que en vascuence significa «fuente

roja», de una fuente que hay cerca de Bilbao—después de lo de «aplaca» que me gustó siempte muchísimo. Y si alguien se sorprende de que rezáramos padre-nuestros *por* San Roque y San Nicolás, patronos de la peste y del colegio respectivamente, considere si es menos sorprendente eso de rezar padre-nuestros á San José diciéndole: «Padre Nuestro, que estás en los cielos» y lo demás que se enseñó para decírselo á Dios Padre; y es cosa esta que sucede á diario.

No, hay que convenir en que no era el santo rosario el ejercicio más adecuado para excitar nuestra devoción, y menos mal que junto á ese recitado machacante teníamos nosotros nuestros piadosos recitados, los que nos edificaban y conmovían, y entre ellos aquella tristísima melopea que dice:

Pimpinito, pimpinito—me fuí por un caminito,
encontré á una mujercita—toda vestida de blanco;
le dije: "mujer cristiana,—ha visto á Jesús amado?„
Sí, señora, ya le he visto—por allí arriba ha pasado,
con la cruz en los hombros—las cadenas arrastrando,
los perros de los judios—por detrás le iban tirando,
San Juan y la Madalena—á su lao iban llorando.

. . . . . .

y lo que seguía, que ya no lo recuerdo. Y ¡poca emoción que nos causaba este sagrado romance infantil, con su quejumbrosa canturria, sólo comparable á la de aquella canción del *carabí, hurí, hurá*, que siendo padre he podido comprobar en mis hijos cuan hondo es el encanto que guarda para los niños, como para nosotros en aquella edad lo tenía!

Y repetíamos sin cansarnos el pimpinito, pimpinito. Verdad es que recuerdo también cómo habiendo leido en un devocionario una jaculatoria que proporcionaba cincuenta días de indulgencia á cualquier fiel por cada vez que devotamente la recitare, nos estuvimos una tarde una prima mía y yo, sentados sobre la mesa de la cocina, recitándola una y otra vez durante largo espacio de tiempo y llevando en un papel con rayas de un lápiz, la cuenta no ya de los meses, sino de los años de indulgencia que nos habíamos ganado. Y tengo por indudable que nos los ganamos, vaya si nos los ganamos.

IV

A fin de mes llevábamos al maestro la mesada... ¡Concho! ¡un duro nada menos! ¡qué rico que debía de estar el maestro! Y sacábamos la cuenta de los duros que le tocaban por día.

Era el día de la mesada un día solemne en que teníamos conciencia de algo muy grave y muy digno, pues se nos había confiado un duro, que llevábamos bien sujeto en la mano cerrada y ésta en el bolsillo, con lo cual llegaba tibio. Y á una salita tibia también y reluciente de puro limpia, llena de tierno aroma de alcanfor é incienso, nos entraba el maestro. Penetrába-

mos pocas, muy pocas veces, en aquel santuario, donde el colegio se convertía en religioso hogar del maestro.

Allí estaba la capilla ¡ahí es nada, una capilla dentro de casa! Y no vayan á creerse que era una capilla así, de chancitas ó de juguete, como las que armábamos los chicos para remedar la misa, ¡quiá! era una capilla en que se decía misa de verdad, de cura, con campanilla y todo. Había también allí un reló de pesas y sobre una cómoda una bolsa verde y en la bolsa verde unas paciencias redonditas y doraditas de puro tostadas. Al entregarle al maestro el duro nos daba unas paciencias... Bien la necesitaba él.

Tengo una vaga idea de que alguna vez se discutió si valía más el duro ó las paciencias, y nada me extrañaría que hubiese sido yo quien propuso tan singular tema, pues ignoraba el valor del duro y el de la paciencia. Y era, además, especialista en promover cuestiones de que se reían los más avisados que yo, es decir, los más corridos.

No fué pequeño el éxito que obtuve un día en que al notar mi pertinaz silencio—era

yo de chico tan callado cuanto suelto de lengua soy ahora—me dijo un pasante: «pero, Miguel, dí algo», y respondí gravemente: «¡algo!». U otro día en que llegando tarde á la clase de dibujo, se entabló entre Don Antonio y yo este diálogo:

—¿De dónde vienes?

—De casa.

—¿Por dónde has venido?

—Por el camino.

—¿Pero cómo has venido?

—Andando.

Eran chispazos, tal vez prematuros, de mi vocación filosófica. Y de lo precoz de mi vocación literaria certifica el hecho de que ya por entonces reunía en el colegio al derredor de mí, sobre todo en las tardes de los domingos de lluvia, cuando el maestro me decía: «Miguel, cuéntales cuentos», á varios de mis compañeros y les cautivaba y suspendía los ánimos con cuentos de tira y afloja, eco de mis lecturas de Julio Verne y de Mayne Reid, en que todo era buques tragados por ballenas, cocodrilos, combates con salvajes é *indígenas*—los indígenas eran peores aun que los salvajes—nau-

fragios y mil atrocidades más que iba desarrollando hasta que al decirme ¡basta! cortaba la relación matando al héroe.

Pero en esto de inventar disparates me dió más adelante tres y raya mi buen amigo Pepe Garaigorta, que ideaba cada aventura que me rio yo de cuantas pasaron Persiles y Sigismunda. En mi vida olvidaré el día en que le oía contar cómo un cierto aventurero tuvo que pasar, no se sabe por qué ni para qué, de cima á cima de montaña, sobre un valle en llamas y sembrado de lanzas punta arriba, por una maroma tendida entre las tales cimas, cargado de toneladas de hierro y con un enorme balancín en las manos. Y luego nos contaba lo que decía haber soñado la noche antes, y eran tremendas batallas en que siempre jugaban un importante papel los misteriosos madianitas, á los que yo me figuraba como séres no sé si sobre ó infra-humanos.

Yo era, como digo, el novelero del colegio y esto á pesar de mi simplicidad. Simplicidad que me valió no pocas cuchufletas el día en que, á la edad en que los más de los niños saben más de lo que les enseñaron los mayores,

dije, y sostuve muy serio, que los hijos nacen de la bendición sacerdotal y que todo lo demás que se cuchicheaba no era si no pecado ó invención de los chicos de la calle.

Y cómo se me ensanchan los horizontes de la vida cuando me afloran al alma reminiscencias gustosas de aquellos días en que dejada en una percha la blusa hecha girones, volvíamos á casa resudados, encendida la cara, brillantes de vida los ojos, con algún cardenal en el cuerpo acaso, abierta la vista á la hermosura de la corteza de las cosas y cerrada el alma á la tristeza de su meollo y cojíamos la cama para dormir como duermen los santos y los niños.

V

Se ha comparado á los niños con los salvajes y á las asociaciones infantiles con las sociedades primitivas, y corren por ahí al respecto libros llenos de noticias acerca de las costumbres y los juegos de unos y de otros, cotejándolos mutuamente. Y así como en la semilla dicen que se ve ya en germen el árbol adulto, así hay quien en los juegos de la infancia llega á ver la complicada trama de la sociedad. Y ahora vamos á hablar de la economía política y sus aledaños entre los niños.

Antiquísimo dicen que es el origen de la moneda, del vil dinero, ni más antiguo ni más

vil que otra cualquiera cosa humana. Los salvajes, según se cuenta, se sirven para sus cambios y trueques de plumas, conchas, de otros mil objetos, y nosotros, los niños, nos servíamos en el colegio de los *santos* ó *figuras*—en otras partes los llaman *vistas*—ó sea de los cromos de las cajas de fósforos. Porque en cuanto á los sellos de las naciones todas, que también coleccionábamos, estos eran al modo de lo que son los diamantes y piedras preciosas, no sustancia amonedable y de cambio, sino más bien de lujo y en el fondo una manera de atesorar riqueza disponible, algo que llegada ocasión de apremio se puede vender ó empeñar.

Había *santos* de diferentes clases y valores: unas *figuras* eran *apegadas*, cuando pegando dos presentaban cromo por ambos lados; otras recortadas, redondeadas sus esquinas como las de los naipes finos; de cariistas, finas, ordinarias (las de cajas de fósforos de cocina, pues poniendo estos en manos de las criadas, conviene que de cada diez sólo uno se encienda); unas valían una unidad, otras dos, otras cinco y las ordinarias media. Como los

ingleses, desconocíamos los niños el sistema decimal monetario. Las había también *escandalosas*, pero estas circulaban poco y á hurtadillas.

Los *santos* eran nuestra moneda; con ellos se compraba meriendas: un *chau* de manzana, un *atal* de naranja, un *cuscursito* de pan. Y no eran los *santos* una moneda así como se quiera, sino que eran ¡cosa admirable! una moneda instructiva, histórica, biográfica y hasta geográfica. Lo cual es instruir deleitando. ¡Cuánto más fruto no obtendrían muchas propagandas si sus principios y enseñanzas se grabaran en la moneda! Me parece este el mejor modo de combatir al socialismo: grabar en duros y onzas breves argumentos refutándolo—con tal que quepan en la moneda con letra clara, no es menester que sean convincentes—y repartir las monedas de propaganda entre los socialistas. Y sobre todo repetir, repetir mucho y sin descanso los argumentos amonedados, siguiendo una sabia máxima pedagógica.

Gracias á los *santos* y entre ellos conocí á Savalls con sus bigotazos, á Cabrera, á Sagas-

ta, á Prim, Serrano y Topete—á estos los conocíamos así, en tirada—á la Patti, á Cúchares, á Cervantes, á Montes. Eran nuestro diccionario biográfico.

Pero el principal empleo de los *santos*, como el del dinero, era el de jugarlos, y este su mayor atractivo. Los *santos* se inventaron para jugarlos, lo mismo que los valores para la bolsa.

No faltaban, sin embargo, avaros que hacían colección de *santos* para guardarlos y hasta había quien despegaba los cromos del cartón y los iba pegando en un album, sin que dejase de haber quien empapelaba con ellos el excusado ¡ascético arranque de desprecio á los bienes terrenales!, aunque hay que decir, en honor á la verdad y á la niñez, que esto, ó lo hacían los niños inducidos por sus padres ó lo hacían los padres mismos, en quienes los años encendían la avaricia, que es la senilidad del espíritu.

Jugábamos los *santos* á cara ó cruz, al vuelo y á la montada, ninguno de ellos juego, en rigor, de azar. Pues en el de cara ó cruz ¡ahí es nada calcular la altura y hacer dar al

santo tantas vueltas que caiga boca arriba ó boca abajo! Por supuesto, no había quien lo calculase y el santo caía siempre como se le antojaba ó como Dios quería, que es la natural manera de caer un santo. (Y nótese que no hago resaltar lo de que en castellano decir que una cosa ha salido como Dios quiere vale tanto como decir que ha salido mal).

Al jugar á la montada era de ver el suelo sembrado de santos tendidos por él, sin apenas hueco entre ellos, aunque sin tocarse unos á otros, y llenos nosotros de mal contenida emoción, con la respiración del jugador, cojer uno de tierra y verle bajar y posarse sobre otro; ¡qué suspiro de satisfacción entonces! Y luego cuando el contacto era levísimo ¡qué de cuestiones sobre si se había dicho «puntita y todo» ó «puntita *atrás*», es decir que valía el más pequeño toque ó que era en este caso obligatorio repetir la jugada! Decíamos *atrás* por lo que se dice en castellano de Castilla «de nuevo». Se vigilaba al contrario para que no abarquillara el santo impidiendo que así cayese más á plomo, y se encargaba al amigo que rezara por nuestro triunfo.

Cuando jugábamos al vuelo lanzando horizontalmente el santo, le dábamos aliento para infundirle ánimo, resto, sin duda, como lo de echárselo al *cochorro* para que resucitara, de antiguas tradiciones ó de viejas ceremonias más ó menos mágicas. Ya el Padre Dios, á cuya imágen y semejanza nos enseñaban que estamos hechos, infundió en el cuerpo de Adán el alma soplándosela.

Digno de mención y de duradero recuerdo es el medio como conseguí en el colegio ser dueño de una grande aunque efímera fortuna, pues nada grande dura mucho.

La férrea ley consuetudinaria—toda costumbre es de hierro—del juego obligaba, y creo seguirá obligando, al ganancioso á seguir jugando, quieras ó no, mientras el que iba perdiendo tuviese con qué jugar, debiendo, además, recibir éste cuando hubiese perdido su caudal todo, un santo que el otro le daba, la *prestada,* para con ella tentar una vez más á la suerte. Y va á verse cómo aproveché esta ley para el agiotaje.

Anuncié que por cada veinte santos que se me prestaran daría uno de interés cada sema-

na, lo cual hace no más que el 1.040 °/₀ anual. Al cebo del interés acudieron á mi bolsillo las pequeñas fortunas y llegué á ser depositario de un considerable capital. Teniendo la ley y el capital sólo me faltaba la fuerza bruta, sin la cual no hay, en el fondo, empresa que prospere. Asocié á mi agiotaje á un chico de puños, á quien por la gorra que llevaba le llamábamos el Naranjero, para que defendiéndome el capital hiciera respetar la ley.

Llegaba yo con los bolsillos bien atestados de santos, proponía á uno cualquiera jugar los que él tuviese, amenudo los mismos que me había dejado en préstamo usurario, y si se los ganaba desde luego negocio rápido, mas si á la primera los perdia yo, doblaba la puesta, obligándole á seguir jugando pues que ganaba, y así al amparo de la ley y de los puños del Naranjero, mi socio ejecutivo, dejaba al pobrete limpio de todo. «¿Quieres jugar?» «Sí!» «¿Van diez?» «¡Bueno!» ¿perdía yo? «¡van veinte!» ¿seguía perdiendo? «¡van cuarenta!», y como yo tenía capital con que responder de varias puestas sucesivas y dobladas, el azar dejaba para mí de serlo.

Dígaseme ahora si esto de pelar á cada uno con los caudales de todos no es la cosa más parecida á la institución de los Bancos y si yo no demostraba grandes aptitudes para financiero. Y ahí queda también ejemplificado aquello del Evangelio de que á quien tiene mucho se le dará más, pero al que tenga poco hasta este poco le será quitado. ¡Lástima grande que aquella mi incipiente vocación de hacendista se ahogara en brote! No me ha dado fruto, pero cuando menos esta vieja flor de mis recuerdos me envía, al través de los años, su perfume y me hace pensar lo que yo habría llegado á ser de haberme dedicado á hacer fortuna.

Fundé luego, en sociedad siempre con mi contundente amigo el Naranjero, una lotería en que ganábamos el cincuenta por ciento, repartiendo la otra mitad en premios.

Y cuando todo iba viento en popa, vele aquí que se atraviesa el eterno perturbador de todo progreso y de toda iniciativa libre, el que todo lo chafa y estropea, el padre del socialismo, el origen de los más de los males económicos: la intervención del Estado, el proteccionismo.

Sobre la ley, la inteligencia y la fuerza está el número y sobre el número el Estado en forma de maestro, juez inapelable, eterno dispensador de justicia, el maestro que deja sin paseo ó sin comida y hasta puede administrar una tanda de golpes con la varita.

Algún pobre de espíritu, de esos que por ignorancia de las leyes del azar—pues las tiene—atribuyen á trampa su mala suerte, y á quien en tres ó cuatro sorteos no le cayó premio alguno, se fué al maestro con el cuento de mis enjuagues para hacerme con las fortunas ajenas, el descontento se hizo general, y no tuvimos otro remedio sino redistribuir nuestra fortuna, tan trabajosa y honradamente adquirida. ¡Bienaventurados los que lloran por que ellos serán consolados! y esos chicos quejillones siempre se salen con la suya, porque ni los maestros están libres de ese pernicioso sentimentalismo que hace caso de lágrimas de los que no saben buscarse sin ellas la vida.

¡Cómo maldije entonces del proteccionismo *magistral!* Así tiene el librecambismo tan hondas raices afectivas en mi recuerdo. ¡Cómo maldije al engaitador aquél, acusón, des-

contento con su suerte! Esos, esos, los que quieren estar á las maduras y no á las duras, esos son los que inventaron el Estado. ¡Tan bien como nos iba en el machito, arreborriquito sobre la ley, gracias á mi ingenio y á los puños de mi amigo y socio el Naranjero!

VI

Indecible es el efecto que en nosotros, niños urbanos, nacidos y criados entre calles, causaba el campo. Y gracias que le había, fresco y verde, á los ejidos mismos de la villa. El campo es ante todo para el niño aire y luz libre.

Salíamos de paseo, hacia el Campo del Volantín de ordinario, formados de dos en dos, y no bien sonaba la palmada había que ver cómo nos desparramábamos á correr entre los árboles y sobre la yerba, junto á la ría, por la

que de tiempo en tiempo pasaba uno de aquellos viejos vapores de ruedas que nos hacía prorrumpir á coro, subidos en los bancos para mejor verlos: ¡El Vizcaino Montañés! el Vizcaino Montañés! el Vizcaino Montañés! ó cual fuese su nombre. Esto de repetir el nombre de una cosa delante de ella es uno de los placeres de la infancia; es como si en cierto modo nos adueñáramos espiritualmente de ella.

Los jueves por la tarde no había clase y en esos días, si estaban buenos, el paseo era más largo y de más duración. Algunas veces nos preguntaba en días tales el maestro á dónde queríamos ir, y el lugar que obtenía más sufragios era la Landa Verde. «¡A la Landa Verde! ¡á la Landa Verde! ¡á la Landa Verde! prorrumpíamos á gritar á coro. Y á la Landa Verde se nos llevaba.

Estaba y está la Landa Verde entre Begoña y la ría, según de aquella se baja á Bolueta y era un lugar que no sé bien por qué nos deleitaba más que otros. Desde allí se descubre en el fondo el escenario de las enhiestas y escuetas peñas de Mañaria, cerrando el deleitoso valle de Echévarri por donde el rio serpen-

tea entre verdura como queriendo allí detenerse. Al un lado la cordillera de Archanda, que tanto soñé recorrer de niño y que representaba para mí entonces una tarde de aventuras juliovernescas, y del otro lado, hacia el sombrío poniente, de donde salían las nubes negras que nos echaban á perder los paseos, las formidables alturas de Pagazarri y compañeros, Himalaya de mi niñez, porque el gigante Gorbea asomaba demasiado lejos su cabezota.

Pero nunca mirábamos tan lejos. El campo era para nosotros el que podíamos correr, el de las yerbas y matas y bichos de todas clases.

Me parece, evocando mi niñez á través de los años, que sentíamos entonces confusamente en el fondo del alma la trabazón de todo. Admirábamos á los bichos raros y de extrañas cataduras, unos con un cuerno á la espalda, otro con cuernos ramosos—el lucano,—otros zanquilargos, panzudos muchos y todos con nombres significativos y cualidades extraordinarias. Uno era el macizo aguanta-piedras, hércules de los insectos ¡tan chiquitin y tanta fuerza!

—¿A que no hases tú eso? En comparasión pueden más que nosotros.

—Los sapos son sapos—respondía el otro sentenciosamente.

Llamábamos *sapos* á todos los bichos pequeños, insectos y demás.

Era misterioso el alumbra-noches ó luciérnaga, tremendo el rompe-dedos. Los *zapateros* andaban sobre el agua ¡qué bárbaros! Se contaban casos de una hormiga que le entró á uno por la oreja y le volvió loco. El que por descuido se tragaba un *sapaburu* ó renacuajo bebiendo agua de un pozo se moría. Casi todo era venenoso, las plantas sobre todo. Había entre ellas comida de culebras, leche de brujas, etc.

Todos los bichos nos atraían y todos podían servirnos de juguete: la *solitaña,* el grillo, el *cochorro.*

La *solitaña* es un pequeño insecto que lo poníamos á que subiera por un palo esperando al llegar á su extremo verle remontar el vuelo. Y le cantábamos mientras abría los élitros y desplegaba las alas:

Soli solitaña—vete á la montaña
dile al pastor—que traiga buen sol
para hoy y pá mañana
y pa toda la semana!

Del *cochorro* hablaré con más despacio. Y del grillo ¿quién no recuerda los grillos de su niñez, y la caza de ellos? Con la pajita primero y cuando esta no sirve, meando sobre su hura. Y luego se les mete en aquellas cañas rajadas, cerradas con corchos, y con lechuga dentro.

Dentro de la villa, entre sus calles, en las casas, en el colegio, nos veíamos atenidos á las moscas, de que tantos recursos saca para divertirse el ingenio infantil.

La mosca es un animalito precioso y uno de los más divertidos. Me explico que Pedro el travieso, aquel de que habla *El Amigo de los Niños*, lo pasara tan entretenido en el calabozo en que su padre le encerró, sin más que poniéndose á cazar moscas. Porque la caza de la mosca es una distracción tan inocente como amena, ya sea al vuelo, ya sorprendiéndolas al ir á remontarlo, ya poniendo un poquito de azucar en la yema de un dedo y esperando á que se engolosinen para prender-

les por las patas. Si bien esto más tiene de pesca que no de caza.

Y una vez cazada ¡qué de aplicaciones festivas no tiene la mosca! Se puede colocarles en el trasero un rabito de papel dejándolas luego libres para que vuelen con su apéndice y se posen en la mesa del maestro ó en su cabeza acaso. Arrancándoles las alas se les puede hacer maniobrar en una especie de circo formado entre cuatro libros, y allí pasar la maroma y subir la cucaña. Sujetando á dos de ellas á sendos palos y poniéndoles en las patas delanteras, sus manos, sendos palillos á guisa de espadas, hacen la esgrima que da gusto verlo. Arrancándoles la cabeza, poniendo esta en un papel, doblándolo sobre ella y apretando, forma con la sangre muy lindos dibujos caleidoscópicos.

Pero el juego más sorprendente á que se presta la mosca es el de hacerla servir de oculto motor de una pajarita de papel. Con un papelillo de fumar se hace una pajarita de una sola doblez y entre las patas se le coloca una mosca sujetando á aquellas las alas de ésta con dos pintitas de cera, y luego la mosca arrastra

á la pajarita, y si se la coloca sobre un suelo oscuro no se ve la trampa y es juego de grandísimo efecto, pues no cabe mayor propiedad ni mayor espontaneidad en la manera de andar del artefacto. Con este juego he logrado sorprendentes efectos, incluso en personas mayores. Alguna de ellas se asombró de un modo indecible y si no examina el mecanismo, no duerme aquella noche cavilando en ello. En cambio jamás he engañado con ello á niño alguno.

Se ha calumniado á la mosca, suponiéndola más tonta que la abeja. Un famoso escritor dice que si se meten en una botella abejas y moscas y se pone la botella con el fondo hacia la luz y la boca abierta en opuesto sentido, las abejas, buscando la luz siempre, no hacen si no agitarse contra el cristal del fondo, sin poder convencerse de aquel invisible obstáculo, mientras que las atolondradas moscas revoloteando de una á otra parte hallan, cuando menos lo esperan, la salida. Lo cual es decir que la abeja es más lógica, es decir, más estúpida que la mosca, y ésta más estética, es decir más espiritual que aquella. La imbécil de la abeja

se está rasca que te rasca contra el cristal y hacia la luz, sin convencerse, mientras que la alegre mosca, convencida desde luego de que ha caido en una prisión, ó más bien convencida de que es prisión todo ó que nada lo es, la explora por todas partes, se pasea para divertirse sin importarle volar de trasero á la luz, y así por volver á la luz el trasero logra, jugando, la libertad.

Y pues que me he detenido en la mosca ¿quién no se ha fijado en el trágico espectáculo que nos ofrece una de esas especiales botellas que sirven para cazar moscas? Allí se las ve luchando en el agua con la muerte, y cómo cada cual busca salvarse encaramándose sobre otra para poder sobre ella secarse y emprender el vuelo, así se ahogan las unas á las otras por tratar de salvarse sobre el hundimiento ajeno.

Y ahora paso al *cochorro*.

VII

El *cochorro* era uno de nuestros mejores juguetes naturales.

Llámase en Bilbao *cochorro* á lo que en otras regiones de España recibe los nombres de *jorge*, *bacallarín*, *abejorro sanjuanero*, en francés *hanneton* —palabra de origen germánico que vale tanto como «gallito»—y cuyo mote entomológico es *melolontha vulgaris*. El nombre *cochorro* es, sin duda, un diminutivo en *orro*—como ventorro, piporro, abejorro,

chicorro, etc.—de cocho ó cochino, y equivale á «cochinillo». Y lo cierto es que más se parece á un cochino que no á un gallo, y como en francés, en inglés le llaman escarabajo-gallo: *cock-chafer*. En alemán se llama *maikaefer*, «escarabajo de mayo».

Y en mayo, en efecto, en la dulce primavera, cuando los copudos castaños de Indias se habían vestido de sus racimos de flores blancas, era cuando apedreábamos á estas, si los árboles eran grandes, y sacudíamos los arbolitos de tronco flexible, para que los cochorros cayesen al suelo y recojerlos y jugar con ellos.

Hay, dicen los sabios, hasta quince especies de *melolonthas*. Nosotros sólo conocíamos el cochorro de San Jorge, el cochorrito de San Juan y el cochorrote de San Pedro, al que esos señores le llaman *fulón*, y que vivía en los pinares de las Arenas.

¡Qué animalito más interesante! Es sufrido y silencioso, sin que se le oiga si no cuando vuela en que hace zumbar el aire. Pero el pobre es muy tardo para remontar el vuelo y antes de hacerlo se pone á hacer unos gestos como si se alzara de hombros preparándose á

abrir las alas duras, las tapas de las otras alas, de las largas, que tiene plegadas bajo esas tapas. Es con las largas con las que vuela.

La diversión consistía en soltarlo en clase, pero había otra. Se le partía una patita, lo cual le importa poco, pues como tiene seis le sobran dos por lo menos, y como doler no le duele, y por el pedazo de pata que le quedaba se le encajaba un alfiler que sujetase los extremos de una larga cintita de papel. Haciendo colgar luego esta cinta así doblada, de un palito, se le hacía dar al cochorro unas cuantas vueltas, en molinete, en torno al palito hasta que emprendía el vuelo. Porque lo que el animalito se diría: «ya que me han de obligar á andar así, quieras que no, volando por los aires, volaré por mi cuenta.» Y era divertidísimo verle vuela que te vuela en derredor del palito y preso á él. Lo que menos se creería el muy tonto que se había escapado muy lejos cuando había dado algunas vueltas.

Y nosotros disputábamos sobre quién tenía el cochorro más *trabajador*, pues á ese revoloteo le llamábamos trabajar.

—El mio t'es más trabajador!

—Sí, las ganas!... eso *quedrías* tú...

Y le cantábamos al cochorro para animarle en su tarea:

Pavolea, chistolea, vola, vola tú (bis)

palabras litúrgicas con unos verbos que sólo en esa fórmula semi-mágica se empleaban.

A los cochorros los guardábamos en cajas, con yerba, hojas y flores de castaños de Indias, pero los pobrecitos se morían enseguida. Cuando se les veía mortecinos, agonizantes ya, se les cojía entre las dos manos y formando con ellas á modo de una bolsa se les daba aliento. Y era entre nosotros creencia común, contra la que nada podía la experiencia, que resucitaban. Resucitaban, pero para morir.

Después he sabido que el romántico cochorro muere después de un día de amor, y la hembra inconsolable le sobrevive un día ó dos, pone sus huevecillos y entornando los ojos, vuelto el pensamiento á su difunto y efímero esposo, y á la breve dicha de un día, exhala el alma.

Lo que nos preocupaba á las veces y era tema de nuestras conversaciones era el enigma de la crianza del cochorro. ¿Dónde estaban

los cochorritos? Porque nunca lográbamos verlos sino adultos y crecidos ya. ¿Dónde pasaban el invierno? Misterios.

Alguno había oido á algún mayor, á alguno de los que andaban en último año de Instituto, que no ponían crías, sino que salían de un gusano más grande que ellos, que vive bajo tierra comiendo raices, y que se encierra en un capullo de donde sale ya cochorro, pero eso no eran más que trolas para hacernos creer. De un gusano, sí, de un gusano iba á salir!...

—Pero cállate, tonto, si sabrán más que tú cuando disen...

—Pues si saben, que sepan... de un gusano, sí! de un gusano!...

Y al ver que se quería rebajarle así al cochorro, que vive en flores, le daba unas cuantas vueltas sobre el palito, animándole á que trabajase con lo de:

pavolea, chitolea, vola, vola tú.

Más tarde he sabido que ya Aristóteles nos habla del *melolontha* como de un juguete de los niños griegos, un juguete clásico. Y me he sentido orgulloso al saber el clásico abolengo de uno de los juguetes de mi niñez.

Y todavía dirán lo del gusano.... ¡Como no!

VIII

El arte se nos revelaba antes aun que la naturaleza. El arte dice Schiller que nació del juego y el juego es la vida del niño. El niño nace artista y suele dejar de serlo en cuanto se hace hombre. Y si no deja de serlo, es que sigue siendo niño.

El lenguaje mismo era un juguete; jugábamos con él. Una palabra nueva excitaba nuestra alegria, lo mismo que el encuentro de un nuevo bicho, aunque en general nos burláramos del que afectase hablar bien.

—Aivá! pa que se le diga...—era la expresión cuando alguno soltaba algún término que nos parecía rebuscado ó leido en libros.

Y luego había lo de inventar lenguajes especiales que sólo dos ó tres amigos entendían, y aquello de «Dipe-lepe ápe Papecope quepe voype ápe rompeperpelepe lospe moperrospe,» añadiendo *pe*, ú otra sílaba, á cada una de las de la frase.

Nuestra literatura, la que se trasmitía de niños á niños sin contaminación de los mayores, la constituían los cantares de corro y algunos cuentecillos breves y burlescos, ó los chascos en que á una pregunta dada se exige una también dada respuesta que provoca la réplica.

De los que recuerdo, el cantar más melancólico, fuera del pimpinito, pimpinito susomentado, era aquel de:

Allí arriba arriba—en los Arcos de Navarra, y [así!
en los Arcos de Navarra
vivia una santa doncella—*Cátaliná* se llamaba, y [así!
Cátaliná se llamaba.
Todos los días de fiesta—sú padre la castigaba, y [así!
su padre la castigaba.
. . , ...
Sú padre como era moro—sú madre una rabiada, [y así!

sú madre una rabiada.
Mandó haser una rueda—dé cuchillós y navajas,
[y así!
de cuchillos y navajas

. . . . . .

No recuerdo más de ella, tal como nosotros la salmodiábamos.

¡Qué encanto atesoran esos temas seculares y universales de los cantos de corro de los niños! Trasmítense, como los cuentos infantiles, de generación á generación de niños, sin intromisión de mayores, en la corriente del verdadero y hondo progreso social. Como se aprenden y enseñan antes de saber leer y escribir, representan la verdadera tradición, la fundamental, la anterior al arte de la escritura, esa tradición que el documento nos impide comprender y sentir. Y esa tradición primitiva é infantil, clásica, se trasmite más fielmente que la escrita. Cambian más los escritos al pasar de copista á copista ó de escritor á escritor que los relatos orales al pasar de boca á boca. No hay copistas que la corrompan ni cristalicen. Los poemas homéricos ¿no empezaron á estropearse así que por la escritura fueron fijados?

Y ¡qué de variantes en estos cantos! y ¡qué respeto litúrgico á la palabra, que en sí y por sí tiene valor! Recuerdo un canto que empezaba así:

Ambo ató, matarile rile rile

Sólo mucho más tarde, supe que esas dos primeras misteriosas palabras, que tenían para nosotros todo el encanto que para los niños tienen las palabras puras, las palabras vírgenes, las palabras santas, esto es, las palabras que nada significan, eran la trasformación de las cinco primeras palabras de un cantar francés, de corro, que empieza: *J'ai un beau chateau...*

Pero el campo de nuestro sentimiento estético era el campo de lo cómico, y en él dos elementos primordiales: la incoherencia y la marranería.

Con nada goza el niño más que con romper la lógica y lo que primero produce el regocijo de lo cómico en él es el darse cuenta de la incongruencia de un dicho. A mis hijos los he sorprendido, siendo pequeñitos, ensartando sílabas sin sentido, creando, y al percatarse observados se avergonzaron y amonaron. En los

cantares de corro abundan las enumeraciones incongruentes, en que los eslabones no son sino meras asociaciones de palabras.

Y el otro elemento era la marranería, lo mal oliente, lo *coprográfico*. Parece como que instintivamente se rie el niño al oir que una persona emite un sonido no por la boca, sino por la parte opuesta y baja, y es el tal sonido nuncio de imperfume. El pedo—hay que nombrarlo sin más rodeos—es uno de los principales factores cómicos en la niñez.

Recuerdo á este propósito las mil gracias que á cuenta del pedo se les ocurría en el colegio á Felix y á Juan. Cuando alguno de ellos lo soltaba, y procuraban hacerlo, hacía con la mano ademán de recojerlo del trasero, como si fuese algo semi-líquido, y luego de lanzárselo encima al otro. Y éste de defenderse de aquel fango invisible, rechazando ó recojiéndoselo á su vez para devolvérselo á quien se lo arrojó primero. Y éste, á su turno, solía decir en tales casos: «no, no, no... yo está seco! ya está seco!» indicando al otro que no podía quitárselo de encima.

Y cuando durante la vela, en un momento

de recojido silencio en que cada cual miraba al libro ó más allá de él, atravesándolo con la mirada, soltaba alguno una de esas indiscretas y mal olientes vocecillas ¡qué regocijo!

Cuando nos hacemos mayores perdemos el sentido de este cómico infantil. La estúpida urbanidad nos ha taponado el alma.

IX

Y luego venía el arte que nos suministraban los mayores en libros de lectura y otros vehículos de él.

Los sentimientos que el arte nos removía dentro del alma en aquel bendito colegio eran análogos á los que removía en las almas antiguas, infantiles, almas de una pieza, que sin cansancio de la vida abrían los ojos á todo color y toda linea, á toda brisa aromática el olfato, á todo rumor el oido, á todo ¡ay! y á todo grito de júbilo, por pasajeros que fuesen, el corazón. Todo era para nosotros, como para los primitivos, misterioso.

Misterioso sobre toda ponderación era el Mazo, un libro grande, un verdadero mazo, el mayor de los que manejábamos los pequeños, y el mayor que conocíamos si se exceptuaba aquel misterioso diccionario en que buscaban, durante la vela, significados los mayores. Tiene el Mazo, que es un Catecismo explicado, pasajes que nos dejaban impresión formidable.

Y «El Amigo de los niños»? y el «Juanito»?

Grabados para siempre han quedado en mi fantasía Pedro el Travieso, á quien veo cazando moscas en un calabozo, mientras su hermana entra en él llevándole de comer; Salomé la chismosa; el Abuelito; el *chirripito* aquel que estudiaba para saber; las dos hermanas que cazaban mariposas en un jardín ameno, y lo hacían en verso; el niño á quien el eco respondía: «¡niño tonto!» y las ofrendas. Todo esto lo tengo presente más merced á los grabados que no á la letra.

Lo que llevábamos metido más dentro del alma son aquellos grabados, en cuya contemplación aprendimos á ver, aquellas viejas ilustraciones. Para el niño no adquiere eficacia y virtud la sentencia si no como leyenda de un

grabado, y acaso los más de los preceptos morales que ruedan de boca en boca y de texto en texto sin encarnar en las acciones, se debe á que no han encontrado todavía la figura visible, de color y linea, á que servir de leyenda.

Cuando llegué á esta ciudad de Salamanca y me enteré de que á sus puertas mismas empezaba la Armuña, me dí prisa por ir á ver armuñeses de carne y hueso, vivos. ¡Qué desencanto! tuve que cerrar los ojos para que á la luz de mi remota memoria se revistieran de poesía. Ello es que entre los libros que formaban la librería de mi difunto padre, traidos de Méjico, donde pasó los años de su juventud, muchos de ellos, había dos volúmenes de una *España pintoresca*, editados en Méjico. El libro acabó por destruirse, afortunadamente, pero aun recuerdo á un león que había en su portada y cierto grotesco Pacorro mostrando un cosmorama. En la tal *España pintoresca* había artículos sobre los trajes, maneras y costumbres de las distintas regiones españolas, artículos ilustrados. Allí los gallegos de Finisterre, una mujer sentada, al socaire de una casa, hilando en su rueca y un hombre, de

montera y gaita, de pié frente á ella y en el fondo una rueda de mozos bailando; los navarros con enormes boinas; los alaveses, con unos trajes muy pulidos, como de pastorcillos de ópera, guiando un carro de bueyes; allí otros muchos. Y entre ellos los armuñeses, que siempre me llamaron la atención, ya por que encontraba sonoro el nombre, ya porque no sabía donde situarlos. Los armuñeses estaban en mi fantasía fuera de espacio y de tiempo, en la región sublime de las formas puras, juntos con los madianitas de que dije nos hablaba nuestro amigo. Y vine acá y me encontré con armuñeses de verdad, de tiempo y de lugar, que siegan trigo y lo traen á Salamanca! Afortunadamente no espero encontrar á Moisés sacando agua de una roca con el golpe de su vara, tal como estaba en un grabado de la sala de mi casa. Moisés no está en la Armuña, ni en Egipto.

¿Y el *Juanito?* Cuando en su lectura se acercaba el día en que habíamos de leer la muerte de Julia, la madre del protagonista, había desusada remoción en nuestros espíritus y todos rejuntábamos sentimiento para el

conmovedor pasaje. Al llegar á él quien lo leyese, la voz se le apagaba, ahogados sollozos estorbaban la limpieza de la lectura, y todos nos enjugábamos los ojos llorando con Juanito la muerte de su madre. Y acaso los más traviesos, los que tenían la mano más lista, se conmovían más. Y quisiera recordar que más de una vez ví lágrimas furtivas en los ojos del maestro ó del pasante que dirigía la lectura, y que por hallarse ante niños, no tenía por que avergonzarse de ello. ¡Dichoso aquel que nunca ha tenido que avergonzarse de llorar ante hombres!

Aquellas lágrimas tan deseadas, porque lo eran, y tanto más gustadas cuanto más sinceras, fueron las primeras que el arte nos hizo derramar, y para muchos de nosotros acaso las últimas que le deben. Había que suspender por un momento la lectura y á nadie se le ocurría burlarse de aquella piedad que provocaba la ficción literaria. Dios nos lo tendrá en cuenta.

Además del pasaje enternecedor había ¡claro está! para mí por lo menos, el pasaje sublime. Nunca olvidaré el efecto de aplanamiento

elevador que me producían ciertas palabras apenas entendidas si no á medias, cual cumple á lo sublime, y que ocurrían á cada lectura de un librillo que quiero recordar era un compendio para uso de los niños de «El protestantismo comparado con el catolicismo» de Balmes. Había, y seguirá habiendo en él, si el librillo subsiste, un pasaje que acaba diciendo: «pasando bajo las banderas de Luzbel ¡oh vicio nefando!» y que me parece se refería á la soberbia. El paso bajo las banderas de Luzbel se me representaba como algo tremebundo, apocalíptico y tenebroso, una escena infernal, pero el colmo del efecto estaba en el apóstrofe último: ¡oh vicio nefando! Yo no entendía, ni poco ni mucho, lo de *nefando,* pero vislumbraba algo de una inmensidad recóndita, algo de un misterio insondable en el vicio.

Cuando se habla de lo sublime y se recuerda el *fiat lux* del Génesis, ó algún pasaje de Homero ó de Shakespeare, yo vuelvo la mente al ¡oh vicio nefando! y abstrayéndome en lo posible de mi actual y artificioso estado de conciencia, procuro evocar del hondón de mi alma el eco indeleble que entre estremeci-

mientos de fascinación, dejó en ¡mi espíritu infantil el tal pasaje de Luzbel. Porque después lo he comprendido y creido ver su contenido todo, y sobre todo las cosas han cambiado para mí desde que esos insoportables y anti-infantiles íntegros ó nocedalinos en su especial manera de retórica, han profanado por el abuso la palabra *nefando*. ¡Cuan de menos echo su viejo sentido apocalíptico, apocalíptico y sublime por que no era sentido ninguno!

En cambio de la ciencia y la controversia nos burlábamos. En ese mismo librillo se habla de Lutero, Calvino, Zuinglio, Socino, Fox y otros *corifeos* del protestantismo. Lo de corifeos nos hacía mucha gracia, pues esos señores no sólo eran feos, sino cori-feos, y decíamos que los feos del protestantismo eran Calvino, algún calvo sin duda, Tocino y Fot. En Bilbao se llamaba *fot* al pan francés.

X.

Diré ahora de nuestra moral, nuestra ética y nuestro derecho, en cuanto es posible separar la que surge en los niños y es peculiar y característica de su sociedad, de aquella otra que les inculcan, desde que pueden entenderla, sus padres.

El Coco es un personaje extra-natural que ha tenido y tiene en la evolución íntima del espíritu humano mucha mayor parte de lo que se cree. Las sacerdotisas ó vestales de su culto

son las nodrizas y niñeras. El Coco es el Espíritu de las Tinieblas, por las que tiende sus invisibles tentáculos, restañando las lágrimas del niño. Es terrible porque amenaza siempre y nunca pega; hace como aquello que cantábamos en un juego: ¡amagar y no dar! Y esto es lo terrible.

Cuando desaparece bajo toda forma y todo nombre, aun queda su aliento, la sombra que le rodea, y desde el más recóndito hondón de la conciencia agita á ésta.

El niño aborrece y teme la oscuridad, que las nodrizas, para poder gobernarlo, han poblado de seres tenebrosos. En lo oscuro puede el niño tropezar y caer, rompiéndose la cabeza; la oscuridad lleva consigo todas las tristezas de la ceguera. El cuarto oscuro es el infierno poblado por la fantasía con toda clase de cocos. En él el niño se tapa los ojos y se vuelve contra la pared para que el coco no le vea. Y ni aun así deja el niño de verle, es decir, ni aun así deja el Coco de ver al niño. Más claro le ve cuanto más oscuro está.

Análogos al coco eran para mí el *papau* y la *marmota*. Era esta una cabeza de cartón—

según supe después—para ensayar sombreros de señora, colocada sobre un armario de un cuarto oscuro, junto al cual jamás pude pasar sin terror. Cierto es también que me infundía pavor aventurarme de noche hasta el fondo del carrejo de casa, á semioscuridad, por el especial reflejo de la vidriera de la puerta de la sala.

El primer principio sobrenatural que en nuestra conciencia arraigó fué, pues, un principio malo, tenebroso y amenazador, cuya aparición recuerda el *timor fecit deos* de Estacio. Más tarde el cuarto oscuro se convirtió en el infierno, y del Coco surgieron el demonio y Dios.

Otra derivación del cuarto oscuro era la perrera, bajo San Antón. Allí había que dormir en lo oscuro, con borrachos malos que roncan y pegan y ensucian, y con chicos pillos y tiñosos de la calle.

En cambio la muerte nos afectaba poco. El niño se siente inmortal; mejor dicho, está fuera de eso de la muerte y la inmortalidad: se siente eterno. Se siente eterno porque vive por entero en el momento que pasa. Oye ha-

blar de la muerte, ve acaso morir, mata animales, pero no comprende la muerte. Si habla de ella es como habla de tantas otras cosas que tampoco comprende.

Es un momento solemne cuando la muerte se nos revela por vez primera, cuando sentimos que nos hemos de morir. Recuerdo la impresión que me produjo la muerte de Jesús Castañeda, un muchacho compañero de colegio. Faltaba hacía días, sabíamos que estaba muy mal, y hablábamos de ello comentándolo. Unos decían que se moriría por haber fumado mucho, otros insinuaban el misterio de iniquidad, el prematuro vicio solitario. Y un día, sobrecogidos de temor misterioso, supimos que había muerto. Se nos citó para el entierro, y fuimos endomingados. Yo llevaba una cinta del ataud, una cinta blanca. Y fuimos por medio de la calle, como se va en las grandes solemnidades públicas, por medio de la calle, y no por la acera como se va en privado, siendo blanco de las miradas distraidas de los curiosos, cumpliendo un sagrado rito. Al llegar á las Calzadas para subir al cementerio, á Mallona —en Bilbao el cementerio estaba al cabo de una

larga escalinata, en alto—los que iban llevando el ataud por delante tuvieron que llevarlo á mano, á hombro los de detrás. Se renovaban de tiempo en tiempo. Una vez arriba abrieron la caja y pudimos ver el cadáver de nuestro compañero y amigo. No recuerdo la impresión, pero sí el aspecto, y por este juzgo de aquella. No se me despinta el pobre Jesús, pálido, rechupado, con los ojos cerrados, las manos juntas, tendido en su caja y con su mejor trajecito para el viaje último. Hasta sus botas para no ir descalzo. Y recordé cuantas veces le había visto fumar, á hurtadillas, y qué cosas feas le había oido. No sé si aquella visión entró en parte para corroborarme en no fumar, que es una de las cosas que jamás he hecho en mi vida. Cortaron las cintas del ataud y nos las dieron á los que las habíamos llevado; unas cintas blancas con fleco dorado. Años después apareció en no sé qué cajón de casa aquella cinta, amarillenta ya, como está amarillento este mi más remoto y más santo recuerdo de la blanca impresión de la muerte. ¡Pobre Jesús!

He dicho que no he fumado nunca, y así

es verdad. Sólo recuerdo el asco que me dió una vez que el portero de casa, que fumaba puros, se empeñó en querer que diese una chupada al que él estaba fumando.

Sobre el misterio de iniquidad, lo que llamábamos hacer cochinadas, quiero pasar en silencio. Me producían verdadero terror aquellos chicos que inducían á otros al mal. Todavía recuerdo la demoniaca risa de Sabas, el de la partida de que hablaré, cuando me vió palidecer y apartar, lleno de miedo más que de vergüenza, los ojos al presentarme cierto grabado. El corazón me tocaba á rebato. De los pecados máximos hablaba el libro del exámen de conciencia, pero sus palabras eran misteriosas. Seguir á las chicas era más bien ridículo que pecaminoso. Cuando ocurría discusión de si el decir esto ó lo otro era pecado, acudíamos al maestro á que nos dirimiese la contienda.

Sólo nos explicábamos ciertas cosas por el misterioso efecto de la *dominación*. Decíamos que un chico tenía dominado á otro cuando ejercía sobre éste una poderosa sugestión á que el víctima no podía sustraerse, y se con-

taba como caso de dominación el de cierto muchacho que obligó á otro á lamer una piedra ensalitrada de correr por ella aguas no nada limpias.

XI

Solemnes y casi religiosas—si la religión se redujera, como muchos piensan, al rito—eran las fórmulas de que nos servíamos para nuestros tratos y contratos, trueques y cambalaches; en ellas, como en las suyas los antiguos pueblos, hacíamos á nuestros dioses testigos de nuestra fidelidad y cada vez que en Homero leo como los héroes aqueos ó troyanos invocaban á los dioses poniéndolos por testigos de su palabra, y conminaban con la ira divina á los perjuros, recuerdo nuestras fórmulas infantiles.

Afirmaba algo alguien, no se lo creían, in-

sistía él en afirmarlo y en no creérselo los demás y al cabo formando una cruz con los índices de ambas manos decía: ¡por ésta! Los más se callaban ya ante tan solemne juramento, unos se lo creían sin otra prueba, y otros, los fariseos, se escandalizaban exclamando: «aivá! lo que ha hecho...!» ó bien: «qué pecado....!»

Otras de nuestras fórmulas me recuerdan las que se usaban en el derecho romano para dar solemnidad y pleno valor jurídico á los contratos. La simple donación de un objeto, sin ceremonia alguna, dejaba lugar á exigir su devolución cuando por cualquier causa se rompiera la amistad entre donante y donado, cosa que ocurría á cada paso, pues los chicos juegan, entre otras cosas, á hacer y deshacer amistades, á trabarlas, romperlas y componerlas de nuevo para volverlas á romper. «Jugar á partes» significaba entre nosotros formar sociedad dos ó más chicos para poseer santos, sellos ú otra riqueza análoga, en común. Y cuando el juego á partes se rompía recobraba cada cual lo suyo.

Digo, pues, que la simple donación no se entendía que lo fuera del todo y para siempre,

sino para mientras durara la amistad entre el que dió y el que recibió el regalo, pero si al hacer la donación, trueque ú otro trato los contratantes se dieron las diestras y vino un tercero que con la suya, haciendo un gesto como de hacha que corta, partió el enlace, en este caso adquiría la donación ó trueque, mediante tal solemnidad, caracter de irrevocable. Y si en este caso—y aun á las veces en el de la simple donación sin ceremonia—el donante reclamaba luego el don, invocando el derecho de primer posesor que puede quitar lo que una vez dió—extraño principio de justicia infantil, para la que nada es definitivo é irrevocable—y el que sufría la reclamación era el más débil, exclamaba:

Santa Rita, la bendita,
lo que se da no se quita,
con papel y agua bendita
en el cielo estás escrita...
Si me das, al cielo;
si me quitas, al infierno.

Otras veces se decía: «quien da y quita, va al infierno». Para esto nos servían cielo é infierno, que es poco más ó menos para lo que sirven á los mayores.

Una cuestión siempre debatida era la de saber de quién era una cosa que encontraran dos en la calle ó en el campo, si de quien primero la vió ó de quien primero le echó mano, si de quien la descubrió ó de quien se apoderó de ella. Lo más justo nos parecía ser partirla entre los dos y si la cosa no era divisible tenerla á partes ó en comandita. Pero el niño tiene muy fuertemente arraigado en el espíritu lo del derecho del primer ocupante por la fuerza. Es corriente que espere á que otro deje un lugar para ocuparlo y cuando el primer ocupante, el que lo dejó para ir á cualquier menester pasajero, vuelve y lo reclama, se le dice: «quien fué á Sevilla, perdió su silla», á lo que el otro replicaba: «y el que volvió, la encontró.»

Todos estos litigios se resolvían, en última instancia, con una cachetina, á trompada limpia, observándose en ella, como en todo duelo, reglas caballerescas. En mi vida olvidaré uno de estos *trompadeos* que fué entre nosotros célebre y del cual tuvimos para hablar no poco tiempo.

XII

Luis—le llamaré Luis por darle un nombre —era el gallito de la calle, el chico más roncoso del barrio, un bocota, un verdadero bocota y un fanfarrón. Ninguno de su edad, de los que andaban con él, le había podido y hasta con los mayores se atrevía. Desde que dominó á Guillermo — le llamaré Guillermo — no había quien le metiera roncas ni se le podía aguantar. Era el que mandaba las partidas y se entretenía en asustar á las chicas del barrio ó en meterles boñiga en la boca cuando la abrían

para cantar, el muy cochino, y nada más que por hacer rabiar á sus hermanos. Al pobre Paco le tenía dominado, lo que se dice dominado, le mandaba hacer toda clase de barbaridades y hasta de cochinerías y el pobre Paco, como estaba dominado, las hacía sin chistar. Se metía en todas partes y su frase era: á callar se ha dicho!

—Si no te callas te inflo los papos de un revés...!—le decía al que se descuidaba.

Era un mandón. Y como pesado ¡vaya si era pesado!

Al pobre Enrique, á Enrique el tonto, no hacía más que darle papuchadas, diciéndole: Enrique, infla! y Enrique inflaba los carrillos y él le daba un sopapo y se reía. Y vez hubo en que se empeñó en hacerle comer greda y beber tinta.

¡Le teníamos todos una rabia!

Guillermo desde la última felpa, callaba y le dejaba soltar roncas, esperando y acechando ocasión y diciéndose: ¡dejarle, ya caerá ese roncoso! Y los del barrio le azuzaban haciéndole «chápale! chápale!» como á un perro, y yéndole con cuentos y recaditos á la oreja.

—Dise que le tienes miedo!

—Yo? sí... miedo...

—Dise que te puede...

—Sí, las ganas!

—Dise que como rebolincha...

Se encontraron en el Campo una mañana tibia de primavera; había llovido la noche antes y estaba mojado el suelo. A los dos, Luis y Guillermo, les retozaba en el cuerpo la savia, los brazos les cosquilleaban pidiéndoles moquetes, y á sus acompañantes les barruntaban los corazones morradeo.

Cuando los chicos se zurran es que el cuerpo les pide zurra y lo que parece motivo no es sino el pretexto que ese prurito busca; la voluntad inventa los motivos. A Luis y á Guillermo el cuerpo, envuelto en primavera, les pedía cachetes.

Sobre si fué el uno ó el otro quien derribó un cochorro de una pedrada se trabaron de palabras. Mas sabido es que, según Tirso de Molina, los vizcainos somos cortos en palabras, pero en obras largos.

El cochorro estaba en el suelo, panza arriba, suplicando paz con el pataleo de sus seis

patitas, esperando á que por él y sobre él se decidiera la hegemonía del barrio.

—Sí, tú... tú echar roncas na'a más no sabes!...

—Yo? roncas yo? si te doy uno...

Hacía como que se iba, con un desdén solemne, y luego volviendo:

—Calla y no me provoques!

—Aivá! provoques...-exclamó uno de los mirones—provoques... provoques ha dicho... provoques... qué farolín!... pa'a que se le diga!...

Se burlaba del vocablo, y le azuzaba. Y empezó el general azuzamiento.

—Anda, pégale!

—Chápale á ese!

—Le tienes miedo?

—Miedo yo?

—Mójale la oreja!

—Tírale saliva!

—Llámale aburrido!

—Provócale, anda, provócale!

Todos soltaron la risa al oir el *provócale!* que les sonaba cómico; Luis se puso colorado y se acercó á imponer un duro correctivo al burlón.

—Déjale quieto!—le gritó Guillermo.

—Y á tí también si chillas mucho!

—A mí?

Luis le dió un empellón, devolvióselo Guilermo, siguió un moquete, y ya estaba armada. Los mirones saltaban de gusto, y uno de ellos se puso á *rezar* por Guillermo diciendo á media voz: «Ojalá gane Guillermo..... ojalá amén..... ojalá gane..... ojalá gane.....»

Se separaban para dar vuelo al brazo y descargarlo así con más brio. Al principio llevaban la mano á la parte herida y se tomaban tiempo para devolver el golpe; después, calentados ya y enardecidos, sólo se cuidaban de dar y no de no recibir; menudeaban embistes sin darse reposo. Y el *rezador* seguía: ojalá gane... ojalá gane... ojalá gane...

—Echale la zancadilla!

Cayeron, al fin, al suelo mojado, Luis debajo, y al caer aplastaron al cochorro que imploraba paz con sus seis patitas. Guillermo sujetó con las rodillas los brazos del enemigo y mientras éste forcejeaba, él, resudado, roja la faz, irradiándole alegría é ira los encendidos ojos, le decía entre dientes: Te rindes? No!

contestaba el otro con voz ahogada, y él le descargaba un puñetazo en los hocicos. Te rindes? No! Otro puñetazo más y así siguió hasta que le hizo sangrar por las muelas.

En este momento uno de los mirones exclamó: agua... agua... agua! Era el alguacil —ó *aguacil* como decíamos nosotros—que venía el muy pillo cautelosamente, haciéndose el distraido, como tigre de caza. Al verle abandonaron todos el campo, echando á correr. Y el alguacil, al ver que se le escapaba la presa, amenazábales desde lejos con el bastón.

Entraron en la calle, el vencedor rodeado de los testigos de su triunfo, y sin hacer caso del que le repetía: he rezado por tí! he rezado por tí! Poco después entró el vencido, sangrando por boca y narices, embarrado, hosco y murmurando: ya caerá! ya caerá! Y ¡qué corte rodeó desde aquel día á Guillermo!

En la calle bailaban todos de contento; ya no temían al roncoso, ya podían decirle: Te ha podido Guillermo! Todos estaban llenos de gozo de haber cambiado de amo. Y el vencido repetía: ya caerá! ya caerá!

Así nos educábamos en el sentimiento de

la justicia, del desquite, que se reduce á esto: me pega? le pego y en paz!

Y á este propósito recuerdo un compañero mio de colegio que cuando alguien le pegaba contaba los golpes y él había de darle uno más, quedar encima, aunque sólo fuese tocándole con un dedo en la ropa. Hasta si el maestro le propinaba una tocata con la varita había él de tocarle luego en la chaqueta tantas veces más una cuantos varazos le hubiese dado.

De aquí dicen que salió el castigo, que no es sino una pura reacción, como el estornudo. Ofende un granillo de polvo á la laringe y esta le castiga estornudándole.

XIII

Ahora vendría bien que dijese algo del efecto sobre nosotros del curso regular de la vida natural y social en cuyo seno vivíamos nuestra vida, del efecto de lo regularmente irregular, de aquellas fiestas y sucesos que venían cada año, de las novedades previstas y á plazo fijo, de Navidad, Reyes, Carnaval, Semana Santa, San Juan, las corridas, el veraneo, etc., etc.

A niños como á hombres la trillada vida cotidiana les aburre y enoja pronto ó se aduer-

men—terrible adormecimiento!—en la barquilla de la costumbre dejándose llevar de las aguas, pero á niños como á hombres los sucesos imprevistos que nos sobrecojen de sorpresa, resultan trágicos. Y lo más grato es cierta combinación entre lo rutinario y lo nuevo, entre lo previsto y lo imprevisto, combinación que se cumple en lo previstamente imprevisto, en lo rutinariamente nuevo, en esas fiestas, en esos sucesos que llegan cada año, que cada año hay que esperarlos y luego recordarlos. Son como hitos en el curso de cada año. Esperábamos primero Candelas y cómo habíamos de ir con la velita rizada á misa, después Carnavales con su estallido de grosería bajo el lento orvallo y sobre el fango, después Semana Santa con sus procesiones, luego el dos de Mayo, el Corpus luego, la noche de San Juan con sus hogueras, después el veraneo y las corridas, luego la visita al Cementerio por Difuntos, las Navidades luego, *gabón*, y la noche vieja, *gabonzar*, y luego el primero de año y el día de Reyes con sus aguinaldos. Y de nuevo Candelas, y así todos los años con sus novedades viejas.

De mis Navidades ¿qué he de decir? Eran Navidades absolutamente de hogar, de cena un poco más larga, con la novedad de un convidado, lejano pariente que no tenía hogar, que nos acompañaba, y con el cual luego iba yo el día de Natividad, al café, con sus amigos, cuando ya fuí mayorcito. Y venía por año nuevo y por Reyes trayendo bien oculto su aguinaldo, que se descubría al terminar la comida y la espera de cuyo descubrimiento nos hacía comer con más apetito. Las esperanzas ¿no ayudan acaso á la digestión? Espiábamos la llegada del convidado de cada año, á ver si columbrábamos el paquete que traía bajo el brazo y alguna vez descubríase la sorpresa antes de empezar á comer. Con lo cual comíamos más de prisa, devorando, y aun renunciábamos al postre. Las esperanzas realizadas nos hacen ser sobrios.

Del Carnaval ¿qué he de contaros? De aquel lúgubre Carnaval callejero, con sus máscaras *barragarris* (ridículas) y sucias, con el hombre del «al higuí» y con los eternos *batos* ó aldeanos. Mucho más pintoresca que el Carnaval era la Semana Santa con sus procesiones; mucho más deseada.

Para cada cual las mejores procesiones de Semana Santa, las más poéticas, son las de su pueblo. En ellas vió representarse al vivo el drama de la Pasión. Las procesiones de Semana Santa de mi Bilbao de hace más de veinte años son las más solemnes, las más misteriosas, las más hondas que he presenciado ni presenciaré.

Eran de noche, que es como la cera luce, y eran por aquellas viejas siete calles de mi Bilbao que parecen cañones urbanos. en el hondo canal, entre las casas llenas de luces en sus balcones, bajo el cielo oscuro.

Primero era cenar antes de costumbre, de prisa y corriendo, é ir á cojer sitio al balcón de una casa amiga, entre las piernas de los mayores y agarrados á las rejas. Esto nosotros, pues los chicos de las escuelas de balde ó los de la calle, se encaramaban en alguna reja de cantón.

La muchedumbre circulaba por las hondas calles, mormojeante, contemplando la iluminación, esperando otros en las aceras.

Ya están ahí! Venían primero los estandartes y las filas de devotos con sus hachas, y

luego se oía el solemne golpeteo trás! trás! trás! y surgían de la oscura calle los *bultos* ó pasos, en hombros de unos hombres vestidos con largas túnicas negras, golpeando á compás el suelo con los bastones en que apoyaban aquellos al descansar. Delante de cada bulto un hombre, el jefe de los portadores, marchando hacia atrás, como cabo de gastadores, y el cual daba un martillazo en el armatoste cuando había que pararlo. Y entonces surgían de debajo de los tales bultos unos muchachos con botas de vino y trincaban los portadores para cobrar fuerzas con que llevar su cruz por aquellas calles de mi Bilbao de Dios.

Calculábamos lo que pesarían los bultos. El más pesado era el del Prendimiento.

Y qué escenas, Dios mio! Figuras violentas, inspiradas en Lucas Jordán, en posturas contorsionadas, con rostros contraidos ó grotescos, última degeneración de los atormentamientos miguelangelescos. Los más famosos personajes de los bultos, los populares, eran Anachu—probablemente Anaschu, diminutivo eusquérico de Anás—un muchacho en pernetas, con una rodilla en tierra, extendiendo un

brazo á Cristo y burlándose de él mientras le azotan, y Fracagorri—Calzones rojos—con una retorcida corneta, precediendo al Señor que lleva su cruz á cuestas. Y allá se perdía, en las oscuridades de Artecalle, Fracagorri, sin dejar de soplar en su corneta muda.

Venía el Señor rezando en el huerto de las olivas, con una túnica morada, San Pedro echado allí cerca, y frente á Jesús un árbol de verdad, no de chancitas. Y como en mi país no hay olivos, el olivo era un laurel del que, sin duda para mayor propiedad, se colgaban naranjas entre farolillos. Y á los bordes del bulto, alumbrando al Señor, farolillos también, para despabilar los cuales iban en el huerto chiquillos, hijos de los portadores, y á los que nosotros desde los balcones envidiábamos. Tenía sus encantos ser chico de la escuela, de los que se escapaban á nadar á los Caños. Junto á los chiquillos despabiladores yacían, haciendo como que dormían, unas ropas pegadas á cabezas de apóstoles.

Llegaba la Cena y ante aquella imaginería se avivaban en nosotros los relatos de la Pasión que con tan hondo sentimiento oimos leer

en misa. En la Cena iba aquel San Pedro por cuya cabeza habían ofrecido los tradicionales ingleses tanto oro como pesaba. Pero, Señor, ¿por qué valdrán tanto las calvas cabezas de San Pedro?

En viernes santo venían luego los *elementos*, cosa solemne y augusta en su símbolo; cuatro caballeros de los principales, vestidos de negro, muy graves, arrastrando por los suelos las telas de cuatro banderas negras—representativas de agua, tierra, aire y fuego—que llevaban cojidas de las astas. Ah! no se ve todos los días á los caballeros graves arrastrar banderas por los suelos de la calle.

Venían luego los fariseos, que no eran si no unos soldados romanos, con mucha armadura y casco, y algunos con gafas.

Después la Dolorosa y San Juan; aquella Dolorosa enlutada, de manos cruzadas, de cara lustrosa con lagrimones que brillaban á las luces pálidas de las hachas. Y luego el Entierro. Y al concluir la procesión se llevaba á la Dolorosa á la iglesia de San Juan y allí entraban todos con sus hachas, y dejándola al pié del altar, cara al pueblo, entonaban todos una

salve cantada, y las voces fundidas llenaban el recinto y en él morían todas en una.

Otra procesión solemne era la de Corpus, esta de día y en primavera, cuando estaban en flor los castaños de Indias del Arenal y cuando más lo perfumaba el tilo famoso que se levanta junto á San Nicolás. ¡Cosa de efecto ver brillar las hachas á la luz del día y que no alumbren!

Por delante iba Chistu, de casaca roja, tocando su pito y su tamboril, y detrás la procesión. Cosa de ver la basílica! La basílica es una especie de enorme paraguas ó tienda de campaña, á fajas rojas y amarillas, conducida por unos hombres que van dentro y precedida de aquel hombre vestido de rojo y tocando el tintinábulo. Y luego la Custodia, por delante de la cual pasaban los aldeanos á sus chiquillos, para curarlos no sé de qué, la Custodia que iba en su carro, lentamente, bajo la lluvia de pétalos de rosas que de los balcones le echaban mujeres y niños. Y de trecho en trecho un improvisado altar en la calle, ante el cual se detenía la procesión cantándose un motete.

¡Oh, y qué dulce recuerdo íntimo, qué re-

cuerdo de vida nueva, tiene para mí esta primaveral procesión de Corpus de mi Bilbao, esta procesión que hace tantos años, tantos, que no he vuelto á ver!... Fué en la calle de Bidebarrieta, bien lo recuerdo; fué en primavera. De los balcones llovían rosas sobre el Santísimo, y también sobre mi alma que apenas dejaba la infancia llovían desde el cielo rosas de primavera!... Después me han dado frutos y espinas.

Del veraneo hablaré más adelante. Y de las corridas nada quiero decir. El mayor festejo para nosotros eran los gigantones, de que en otra parte he escrito por extenso *(De mi país)*.

XIV

A estas novedades previstas y que cada año volvían á presentarse, hay que agregar las novedades realmente imprevistas, ó realmente nuevas: la primera comunión, el primer día en que se va al teatro, etc.

De mi primera comunión recuerdo muy poco, casi nada. Tanto y tanto se nos prepara para ella, tanto se le habla al niño de delicias y consuelos que no necesita porque no se halla desconsolado ni afligido, tanto se le quiere

sugestionar, que cuando llega el acto el niño, poco sugestionable en realidad, se queda frio. Yo sólo me acuerdo de las reuniones preparatorias, en la sacristia de San Juan, chicos y chicas juntos, sentados en el suelo, ellas en trenzas y de corto, dando tirones á las sayas para tapar lo mejor posible las pantorrillas. Y luego, al salir, aquello de ir á hacerlas rabiar para mostrarnos hombres, fingiendo desdeñarlas. Y alguno á seguir á alguna, que parecía llevarle tras de sí, con la trenza que le brillaba en la espalda.

Mejor me acuerdo de una de las primeras noches en que fuí al teatro, acaso la primera, llevado á un palco por una familia amiga. Se representaba un drama, *Antonio de Leyva*, y sólo recuerdo á una dama, en traje antiguo, de luto, llorando de rodillas á los pies de un caballero de calzas acuchilladas y walona. Y es la primera y hasta hoy la última vez en que he visto á una dama llorar puesta de hinojos á los piés de un caballero.

Y también una de las primeras veces que fuí al teatro vi *Los pobres de Madrid*, que no he vuelto á ver, y todo lo que recuerdo es una

especie de escenario dentro del escenario, un cuartuco de casa pobre allá en el fondo. Me hizo el efecto de un teatro en el teatro y me abrió los ojos.

XV.

Pero el suceso verdaderamente nuevo, verdaderamente imprevisto, el suceso que dejó más honda huella en mi memoria, fué el bombardeo de mi Bilbao, en 1874, el año mismo en que entré al Instituto. En él termina propiamente mi niñez y empieza mi juventud con el bachillerato.

Diez años escasos tenía yo cuando á los carlistas, que tenían sitiado á Bilbao desde el

día de Inocentes de 1873, se les ocurrió bombardearlo.

Me acuerdo bien del día 21 de Febrero, en que empezó el bombardeo. Habíanlo anunciado, pero muchos lo tomaban á broma. Mi hermana mayor y yo estábamos en el mirador de nuestra casa de la calle de la Cruz, esperando á lo que hubiera; y una de las primeras bombas que llegaron á la villa, creo que la primera, cayó dos ó tres casas más abajo de la nuestra. Empezó la confusión, el cierre de tiendas; vinieron á buscarnos y nos bajaron á la confitería, donde nos reunimos casi todos los vecinos de la casa. Las mujeres, lloraban algunas, los hombres trataban de animarse animándolas.

Y empezó para mí uno de los periodos más divertidos, más gratos de mi vida. En los más recónditos senos de mi conciencia aparece el bombardeo de mi villa como edad heroica y remotísima, confinante con las nieblas de la prehistoria y los carlistas como vagas reminiscencias de fósiles, mamutes y mastodontes de esta mi edad genesiaca. Pues conviene que diga que yo apenas llegué á ver un carlista,

quiero decir un soldado de S. pretendiente M. en uniforme de beligerante sino representado en los *santos*, no siendo hasta la conclusión de la guerra. Digo mal, con un largo catalejos—lo que los ingleses llamaban un tubo filosófico—ví un día desde mi calle á uno que abría un foso en el alto de Quintana, en Archanda, y cuyos botones de metal dorado refulgían al sol.

¡Dichoso periodo en que no hubo escuela sino muy pocos días!

Nos pasamos lo más del bombardeo metidos en la lonja de una confitería de unos tios mios, muchas veces con luz artificial aun de día. Allí ordenábamos ejércitos de pajaritas de papel que se batían unas con otras en campo alumbrado por un trocito de cerilla dentro de una jaula de grillos preparada de modo que sólo proyectara la luz por un lado, artefacto que hacía de luz eléctrica exploradora del campo enemigo.

¡Qué aspecto tan pintoresco ofrecía la villa! Era cosa de ver todos aquellos blindajes de tablones, sacos, cueros y el ingente aparato de vigas con que apuntalaban las casas. Y eso

que no nos permitían arriesgarnos lejos de la calle.

¿Y las bombas mismas? Cuando luego de oida la campanada, y después el cuerno avisadores, se sentía era cerca, tal vez sobre nuestras cabezas, nos hacían, los primeros días, tendernos en el suelo y esperar allí, pegados á él para mayor seguridad, á que estallase. Cuando era en casa, estremecíase ésta toda y luego volvíamos á vivir. Y apenas estallada la bomba, si era en nuestra calle, salíamos á recojer los cascos cuando aun quemaban las manos.

De los escombros hacinados en medio de las calles sacábamos proyectiles para bombardear, en los respiros del bombardeo de verdad, tiendas abandonadas. A raiz del bombardeo se desarrolló entre los chicos de la villa, como diré, un verdadero furor bélico, formándose famosas partidas.

Y ¿es cosa acaso de que se goza todos los días lo de poder entrar cubiertos en una iglesia, trepar á sus altares, encaramarse á su púlpito, y jugar en ella al escondite? Pues esto pudimos hacer en la iglesia de los Santos Jua-

nes durante el bombardeo, y recojer los prismas de vidrio de sus destrozadas arañas para ver al través de ellos irisado el templo.

En un respiro que nos dieron, en unos días de tregua, hubo colegio, y allí fueron de oir los noticiones que cada cual llevaba y los comentarios. Unos se jactaban de vivir en casa en que habían caido diez ó doce bombas, á lo que se seguía el consabido y escéptico: «sí! las ganas!...»; tal había que con sus propios y mismísimos ojos vió cómo uno apagó una bomba meando en su encendida espoleta; quien sabía que los carlistas, á guisa de laboriosos topos, tenían hecho por debajo de la villa un grandísimo tunel y que cuando menos se pensase surgirían del suelo como por ensalmo y armados hasta los dientes. Aseguraban algunos que muy pronto inundarían las calles en desenfrenada avalancha y á éstos se les recordaba con desdén los espantables caballos de frisa que guarnecían la barricada de la Muerte y las mágicas columnitas de humo que desde Miravilla se vislumbraban al decir de las gentes. Y mucho más que se contaba.

Mas como quiera que mis recuerdos infan-

tiles del bombardeo de mi Bilbao los he contado en mi novela *Paz en la guerra,* no creo deber volver aquí sobre ello, Y sólo me limitaré á recordar cómo el día dos de Mayo, subido en un banco del paseo del Arenal—banco que hoy mismo podría señalar—presencié la entrada de las tropas libertadoras, entre lágrimas y vítores. Es uno de esos espectáculos que bajan al fondo del alma de un niño y quedan allí formando parte ya de su suelo perenne, de su tierra espiritual, de aquella á que los recuerdos, al caer como hojas secas del otoño, abonan y fertilizan para que broten nuevas hojas primaverales de visiones de esperanza.

SEGUNDA PARTE

I

El bombardeo de la villa marca el fin de mi edad antigua y el principio de mi edad media. De antes de él apenas conservo si no reminiscencias fragmentarias; después de él viene el hilo de mi historia.

En el curso de 1875 á 1876, teniendo yo once años, en las postrimerías de la guerra civil, ingresé en el Instituto Vizcaino.

Es un momento solemne el de la entrada

en la segunda enseñanza. Para unos marca el uso del pantalón largo, para otros el del reló, para casi todos el principio de la edad del pavo y de echarse novia, para algunos el de las concupiscencias del saber.

Ibamos á aprender la lengua en que los curas dicen la misa, las cosas todas que han pasado en el mundo, á sumar y multiplicar con letras y no con números como enseñan en la escuela, los nombres de todos los bichos y plantas que pueblan el mundo, á ser *mayores*, á que el catedrático nos tratara de ustedes, á dar lección particular, á ir por la calle con los libros bajo el brazo.

Hasta el Carnaval de 1876 en que el Pretendiente entró en Francia, no se apagaron los últimos rescoldos de la guerra. En Octubre de 1875, cuando ingresé en el Instituto, aun duraba. Era el año siguiente al del bombardeo y seguía instalado el Instituto en la calle del Correo, donde estuvo luego el Colegio de San Luis, por hallarse ocupado con hospital militar su edificio propio.

Durante la guerra los cursos habían sido regocijados, pues el continuo entrar y salir de

tropas, las peripecias diarias de la campaña, daban ocasión á frecuentes novillos. Que se oía el toque de corneta de una división que entraba en la villa? á la calle todos! Que se había vencido en Estella? todos á la calle!

En el caserón aquel de la calle del Correo es donde me matricularon de primero de latin y de geografía. Teníamos como catedrático de latín á un Don Santos Barrón, hombre corpulento, que con Don Alejo Tresario eran los latinistas. Como sucederá, me figuro, en todos los Institutos, nos hacíamos lenguas de la singular competencia de Barrón en el latín, diciendo que era uno de los que mejor lo sabían en España, sin que faltara quien añadiese que en el mundo, y en colmo de ponderación había quien aseguraba hablarlo el Don Santos de corrido, como el mismo castellano.

Tenía Don Santos no poco del antiguo dómine y pasaba por severo. Aun conservo dejos del efecto que me producía oir á aquel hombrón ya anciano, alto, grueso y corpulento, de labio colgante y largo levitón, emitir con voz pausada rotundos proverbios y dicharachos latinos. Entre los cuales conservo, porque lo

prodigaba, el de: *verba repetita generant fastidium.*

A los pocos días de clase sacó cierta mañana de bajo el levitón un cartel con las desinencias de las declinaciones, y fué grande mi emoción al verlo. Allí estaba la puerta de la antigüedad y la clave del misterio, en aquello de nominativo *a*, genitivo *ae*, etc.

Entre mis condiscípulos se contaba el famoso Sabas, el caudillo de aquella famosísima partida de chicuelos que á fines de la guerra atronaba las calles, callejas y cantones del viejo Bilbao cantando:

La pártida de Sabas, turun tun tun,
la pártida de Sabas, turun tun tun
no tiene miedo, fuego! fuego! (etc.)

La guerra había sacudido el espíritu de la chiquillería toda, chicos y chicas; el soplo bélico animado á los mocosuelos. Sabas, Azula, Azcune, eran nombradísimos caudillos; las pedreas frecuentes; las armas piedras ó balas de metralla envueltas en un cuero, como las pelotas, y sujetas á una cuerda con las que se las hacía voltear, y hasta hubo pedrea en que golpeando con una piedra al pistón de un cartu-

cho, de los que por entonces abundaban, se le disparaba en el suelo.

Las chicas, por su parte, andaban también revueltas, sobresaliendo las de Iturribide, que habían declarado la guerra á las *señoritas*.

Bajo la desolación de la guerra hacíamos los chicuelos de la guerra juego. ¿No la hacían acaso también los mayores? ¡Santo espíritu el de los chiquillos que tomando en juego la vida y como espectáculo el mundo, saca la miel de toda triste realidad!

Mi temeroso respeto á Sabas, cuya gorra no se me ha despintado, y junto al cual me sentaba, era grande Y el efecto subió de punto, pasando el respeto á temor como el que se siente ante un poder diabólico, cuando un día por burlarse de mi simplicidad, me enseñó en cierto librillo, que llevaba oculto, cierto grabado que me sacó el rubor á las mejillas y me aceleró, por vergüenza y miedo, los latidos del corazón. Aparté al punto los ojos, y creo que al sentirle diabólico, debí de comprender que acaudillara la partida. Él, por su parte, se burló de mí.

Me apliqué al latín con ilusión, pero me

venció pronto el cansancio. Los primeros días la novedad del *rosa, rosae*, y sobre todo el genitivo de plural, *rosarum*, que es el caso más sonoro, me sedujo; mas luego, perdido el deleite de la iniciación, y no logrando traducir ni aun la misa, aquellas interminables listas y aquellas tablas de conjugación me enaridecieron el alma.

No pude nunca alcanzar á los primeros de clase, á los empollones, y entonces empecé ya á formarme la convicción de que los muchachos que se aplican á todo para nada sirven y como las gallinas tragan cuanto les dan, grano ó chinas.

Las listas de verbos irregulares eran mi mayor tormento. Nos las hacían aprender de memoria, que es algo así como aprenderse la tabla de logaritmos sin saber manejarla.

Empeñábanse en enseñarnos en dos menguados cursos muchas cosas útiles cuando se escribía en latín, mas no hoy en que el interés es traducir de latín á castellano y no de castellano á latín. Perdí un hermoso tiempo y empecé á consumir la frescura de mi seso.

La mocedad es alegre, y sin embargo, mi

recuerdo de aquella aula, de aquel alto anciano vestido de negro, de aquel cartel y aquellos verbos irregulares, es un recuerdo triste.

Me sostenía el ánimo la esperanza de llegar al segundo curso, de pasar de las arideces de los elementos á gustar las exquisitas bellezas que, según Barrón, contenían los clásicos, á la vez que entraría en el campo de la historia. Por entonces me impacientaba al ver cómo el análisis gramatical y el «vuelva usted por pasiva», «resuélvalo por gerundio» nos empecía llegar al fin de la historia de José vendido por sus hermanos.

De Barrón contábamos mil cosas para amenizar el curso y poetizarlo cómicamente. Decíamos que iba él diariamente á hacer la compra y se llevaba á casa en un papel medio besugo, que guardaba las patatas en el sombrero de copa y al saludar se le derramaban, añadiendo que al sonarse lo hacía con un papel oculto en el moquero, por ahorro, sirviéndose para ello de las *copias* que nos echaba y que por esto nos las echaba tan amenudo

De la clase de geografía, que la teníamos

con Carreño, recuerdo menos. A lo sumo que era en un aula espaciosa y clara.

Me consumía un ardor infantil de saber, un anhelo de pasar á otro curso, y una como tristeza prematura acompañada de pobreza física.

Concluí mi primer curso sin brillantez y sin sobresaliencia. Aprendí algo de latín, los rios de la China, las montañas del Turquestán, los principados del Danubio y hasta el número de habitantes que veinte años antes de entonces habían tenido las principales ciudades del globo.

II

Cuando pasé al segundo curso de mi bachillerato llevaba con la desilusión del primero la ilusión por este segundo, pues siempre nace la una de la otra, ya que de los deshechos desengaños se nutren las esperanzas nuevas como el verde follaje de primavera del graso mantillo que las hojas caidas del otoño dejaron al pié del árbol.

Seguí con los mismos profesores, Barrón para el latín, y Carreño para las historias.

En este curso, el de 1876-77, pasamos al edificio propio del Instituto Provincial, que es, sin duda, uno de los más hermosos de Bilbao. El y el Hospital Civil eran, después de la hermosísima Basílica del Señor Santiago, lo único presentable del Bilbao de entonces, en edificios públicos. La severidad sencilla y un tanto rígida del Instituto le sienta á maravilla y la ancha plaza que le antecede le da lugar. ¡Qué gozo subir con el libro bajo el brazo aquellas tan deseadas escaleras y pasearnos por sus claros corredores!

Recuerdo con qué curiosidad cuando íbamos al excusado echábamos una ojeada al jardín prohibido, el botánico, y otras veces á los gabinetes de física y de historia natural, ¡cuándo llegaríamos á aquello!

Había, como hay hoy, dos escaleras: la principal para los profesores y personas serias y la reservada para los alumnos y chiquillos. A la salida de clase, de aquella crudelísima hora y media de asiento y de atención fingida ó forzada, la expansión era deliciosa. Bajábamos la escalera reservada tumultuosamente, dándonos empujones, lanzando penetrantes chillidos, y

gritando ¡Potraaa! al excelente Julián, el bedel.

Julián, como todos los bedeles, conserjes y porteros que he conocido, era bondadosísimo, pues no hay caracter que no se temple y ablande lidiando con chiquillos. Aun le recuerdo, gordo y calmoso, paseándose por el corredor mientras leía el *Flos sanctorum* y preguntándonos á los latinos: Vamos, decidme ¿qué quiere decir *ego sum pastor bonus?* Cuando bajábamos de aquella manera perdía su calma, se sofocaba, suplicaba, amenazaba, seguro de que nadie le haría caso, y recuerdo que un día el pacífico y óptimo Julián, espejo de bedeles bondadosos, llegó á exclamar: Un puñetazo mio y la muerte todo es uno. Esto no lo he olvidado. Cuando murió Julián pensé algún tiempo si nuestras infantiles intemperancias no le habrían abreviado la vida, llevándole antes de tiempo á la mansión en que le esperaban aquellos hermanos suyos cuyas vidas él tan asiduamente leía en el *Flos Sanctorum*. Pero no; murió en buena edad, maduro ya para la gloria.

Yo era de los más tranquilos, pero aquel

bajar precipitados, aquellos gritos, aquel tumulto de la libertad recobrada, aquella polvareda me alegraban el corazón. La prueba es que nada me ha quedado en él más duraderamente impreso que este recuerdo de la tumultuosa salida de clase.

El segundo curso de latín fué mucho más duro y más árido que el primero. ¡Cuánto no me hizo sufrir aquello de «primero el sujeto con todas sus dependencias, luego el verbo con sus adverbios si los tiene» etc., etc. ¡Qué hermosas tardes perdí revolviendo aquel tomazo del Diccionario de Raimundo Miguel y perdiendo en él mi vista! Nos poníamos á fatigar nuestro espíritu sobre el maldito Diccionario mi amigo Mario y yo. Por cada voz latina daba el librote cuatro, seis, diez ó doce términos castellanos á granel, sin orden genético ni lógico, sin explicación. Recojíamos todos los vocablos y no entendíamos palabra del texto que ibamos á traducir. Teníamos que ordenarlo, cosa ardua sabiendo los significados todos y punto menos que imposible no sabiéndolos. Y nos decían que primero era ordenar y luego traducir, desatino mayúsculo. Había que recu-

rrir al pasante, que de ordinario sabía menos que nosotros; había que conjeturar el sentido, con lo cual se desarrollaba la inventiva, y para colmo si se acertaba y se llevaba á clase un trozo bien ordenado y bien traducido, le decía á uno Barrón: ¿quién se lo ha empapuzado á usted?

Los textos que de ordinario se traducen, Nepote, Salustio, Julio César, son para los chicos de una aridez insoportable. De todo lo que tradujimos sólo recuerdo al león agradecido.

Singularísima idea me hicieron que me formara de los escritores latinos. Me los imaginaba yo escribiendo á la pata la llana, expresando sus ideas en el mismo orden en que nosotros las expresamos, y entreteniéndose luego en dislocar las frases, disecar los periodos y desparramar los vocablos acá y allá, en caprichoso hiperbatón, no más que para fastidiarnos y hacernos cavilar á los niños de las generaciones futuras. ¡Vaya una diversión la de aquellos literatos! ¡componer rompecabezas! Y creía esto por oir hablar de orden natural, orden lógico, orden inverso y otras zarandajas.

por el estilo y no concebir que á nadie se le hubiese podido ocurrir expresar sus ideas en otro orden que en aquel en que yo las expresaba.

Y aquello de que la lengua latina es una lengua muy filosófica, vaciedad tantas veces repetida? Una prueba de su filosofía era que dos negaciones afirman, como si al hallarse ellas en una frase se vieran obligadas á embestirse mutuamente, como perros en pelea, y á devorarse una á otra y no pudieran más bien unirse amigablemente y así, juntas, negar las dos doble que una negara! Y el caso fué que revolviendo yo en mi mente esta doctrina dí en pensar que es incorrecto decir: «no hay nada» y equivalente á decir «hay algo»—ignoraba yo entonces el origen de la voz *nada* y su primitivo sentido de «cosa nacida» «algo»—y sustituí la frase por esta otra: ¡no hay! Y ¡poco que dí que reir cuando á la pregunta: ¿qué hay, Miguel? respondí: no hay. Y sobre esto escribí unas notas en un cuadernillo de real.

Así salí del latín.

El aula en que teníamos la clase de historia era espaciosísima y llena de mapas. Entrete-

níame durante la lección en fabricar títeres de cera, por lo que una vez me tuvo Carreño dos días de rodillas.

De las explicaciones de historia apenas recuerdo palabra, pero sí del aspecto del libro de texto, de sus letras, su impresión, etc. Si hoy lo viera á tres metros diría: ¡ese es! Me mareaba aquel ir y venir de pueblos, con nombres raros, aquel desfilar de reyes y de guerras, aquel intrincamiento de parentescos, matrimonios y repartos de herencias. Venían reyes y los mataban tan pronto que no había lugar á acongojarse de su muerte, pues no había tenido uno tiempo de conocerlos, y era tal el trajín, que se deseaba hubieran acabado de una vez con todos matándolos en una sola batalla.

No llegamos, ni con mucho, á la Revolución Francesa, distraidos en curiosear vanamente lo que no hicieron chinos, persas y caldeos. He comprendido más tarde lo ventajoso que sería si se pudiera estudiar la historia hacia atrás, empezando por ahora.

La historia de España, más concentrada que la universal, me dejó alguna más impre-

sión, sobre todo aquello de que «en Calatañazor partió Almanzor su tambor» y la aparición de Santiago en la batalla de Clavijo.

III

En mi marcha ascendente por el bachillerato con el ardor de mi inteligencia crecía la debilidad de mi cuerpo. Ordenáronme, por prescripción facultativa, dar largos paseos y los daba á diario. Y recuerdo que pocos goces he sentido más íntimos que el experimentado la primera vez que saliendo por Urazurrutia, orilla izquierda del Nervión, dí la vuelta por el Puente Nuevo, en Bolueta, para volver por la derecha. Había ido por una orilla y vuelto por

la otra! Había pasado el Puente Nuevo! Los que á diario hacen novillos no pueden comprender el intenso placer que me produjo este paseo.

Pocos goces más serenos y más hondos que el goce que por entonces me procuraba un paseo. Mientras el pecho se hincha de aire fresco y libre, adquiere el espíritu libertad, se desata de aquellos pensamientos y cuidados que como áncoras le retienen y goza en una pasividad calmosa, en un aplanamiento lleno de vida, el desfilar de las sensaciones fugitivas. Se derrama por el campo, se refresca al contacto de la frescura de los follajes, se restrega en verdura. El pensamiento libre yerra de una cosa en otra, se fija en lo que pasa y pasa con ello, se identifica con lo fugitivo y sueña lo que ve. ¡Qué triste tener que pasar de aquellos paseos al aula oscura!

Por vacaciones de verano me iba con mi familia á una casa de campo que mi abuela tenía en Deusto, cerca de Bilbao. El día de la marcha era un día de júbilo íntimo. Cambiábamos una casa por otra casa conocida, las sillas de la casa de Bilbao por las robustas y anchas

sillas de la casa de Deusto; allí estaba aquel cuadro del Ecce Homo lleno de sangre, allí aquel fresco sofá de rejilla, y allí, sobre todo, la huerta con sus parras y sus naranjos.

En Deusto permanecíamos hasta ya entrado el curso, hasta pasar el veranillo de San Martín. Y los domingos venía á comer algún amigo de Bilbao, y era fiesta.

¡Qué huella han dejado en mí aquellas temporadas de campo, allí, en la aldea, donde los chicos de la escuela se burlaban de nuestras largas blusas! Recuerdo el recorrer encorvados, por debajo de las bajas parras de uva negra, llenándonos la cara de telarañas, largos trechos jugando al escondite; y el aprender á nadar entre maices, y el subirnos al membrillo, y sobre todo el ver, desde el corredor de casa, caer la lluvia dulcemente sobre el campo, sin poder salir. En el campo llueve de otra manera que en la ciudad, con más pureza, con más dulzura, con más libertad.

¡Dulces veraneos en aquella casita de Deusto, que me abrieron el alma al sentimiento del campo! Y no olvidaré el profundo efecto que me causó la lectura allí, por las noches, de la

candorosa novela de Trueba *Mari Santa*, al ver que en un libro se hablaba de lugares que podía yo ver desde el corredor de aquella casita, se hablaba de aquel caserio Echezuri que estaba allí, á un paso. Entonces empecé á sentir lo que es vivir en un lugar consagrado por el arte, aunque el arte fuera tan candoroso como el de esa novela.

¡Qué días los de aquella huerta! Estaba surcada por canalillos á donde llegaba el agua de la ría en las más altas mareas, y en tales ocasiones hacía navegar por los canalillos en improvisados barquichuelos á pajaritas de papel. Las cuales llevaban á cabo en la huerta, á imitación de los héroes de Julio Verne, arriesgadas expediciones, pasándose la noche en chocillas construidas con barro arcilloso. Y más de una mañana, tras de una noche de torrencial aguacero, aparecían las pobres pajarillas expedicionarias muertas en barro!

¿Y las idas á Bilbao, á lo largo de la ría, para asistir á clases? ¡Cómo se me grabó el Nervión, aprisionado entre pretiles, reflejando en el espejo de tinte metálico de sus tranquilas aguas de marea el cordaje de los buques cu-

yas velas han vibrado á todos vientos! Esa ría de mi Bilbao, hijo de ella, esa ría maravillosa, á la que entre sus brazos amparan las montañas, ha llegado á hacerse consustancial con mi espíritu.

Hace pocos años pasé una tarde por primera vez desde hacía algunos por el lugar en que estuvo aquella casita y al ver en su sitio un enorme y pesado caserón presuntuoso y convertida la casera huerta de frutales y parrales, tan íntima y tan modesta, en un parque á la inglesa, se me subieron las lágrimas á los ojos. Mi casita ya no existe.

Traigo aquí estos recuerdos campesinos porque van unidos muy especialmente á los de mi tercer año de bachillerato, el de retórica.

En este tercer año empezábamos ya á despreciar á los pipiolos de primero que tenían que pasar por el formidable latín, que ya nosotros habíamos dejado atrás. Les mirábamos con cierta compasiva superioridad cómo venían tan orondos y satisfechos, metiendo más bulla que los demás, algunos en pantalón corto y cuello á la marinera, lo que nos hacia indignarnos de que se les metiera tan mocosos en

el Instituto. «Algún día les traerán al destete» decíamos. Y tanto como despreciábamos á los primerizos envidiábamos á los de último año, que entraban tocando al oso que estaba á la entrada del aula del esqueleto.

La retórica me era agradable sobre todo á causa de los ejemplos de la poética, que es como se llama al arte de construir versos. Recuerdo cómo la estudié, sus primeras lecciones al menos, en la casita de campo de Deusto, en la huerta, subido en un peral. Entre sus ramás armé un tinglado con unas tablas, subíame en él y una vez allí, entre las hojas que empezaban á caer—era en los apacibles atardeceres de las postrimerías de Octubre—me ponía á repetir una frase hasta aprendérmela de memoria. Y aburrido pronto de la lección corría hojas y me iba á buscar en los ejemplos aquellos versos de Zorrilla que dicen:

Mi voz fuera más dulce
que el ruido de las hojas
mecidas por las auras
del oloroso Abril.....

¡Cómo sonó en mis oidos por vez primera la solemne música del trovador errante! ¡Cómo

aquellos fragmentos de cantos, que en la melodía de sus estrofas enzarzaban y retenían la vaguedad vulgar de sus imágenes, hicieron agitarse á las hojas de mi alma mientras se agitaban las hojas del peral, desprendiéndose de él, y volando allá, á perderse en el sembrado de borona, bajo el azul del cielo!

Y paseándome en la huerta, á la caida de las horas y las hojas, declamaba los versos yéndoseme los oidos tras de ellos.

Más grata que del cisne
las últimas congojas,
y más que los gorjeos
del ruiseñor gentil.....

Y callaba para oir píar á algún *chimbo* silbante, al que hacían enmudecer los versos de Zorrilla declamados por mí.

Más grave y majestuosa
que el eco del torrente
que cruza del desierto
la inmensa soledad.....

Estas palabras me levantaban el alma, imaginándome la inmensa soledad del desierto en aquella risueña y doméstica huerta, de parras, maices, frutales y pájaros. Y concluía diciendo:

Más grave y más solemne
que sobre el mar hirviente
el ruido con que rueda
la ronca tempestad.

¡Qué deleite el de estas erres! Y cuando de noche, en el silencio campesino, se oía desde el corredor de casa un lejano zumbido que decían era el del mar, recordaba

el ruido con que rueda
la ronca tempestad.

¡Qué hechizo el que me producían los versos por sí mismos, por su halago al oido! Recuerdo el singular deleite que hallaba en estos otros versos, también de Zorrilla, que desde entonces me sé de memoria y son los que dicen:

Pasó un dìa y otro dìa,
un mes y otro mes pasó
y un año pasado habìa,
mas de Flandes no volvía
Diego que á Flandes partió.

Versos que es dificil encontrar otros que contengan menos poesía, pues no tienen ninguna. Verdad es que Zorrilla realiza un problema de máximos y mínimos y es el dar la menor poe-

sía que puede darse con la mayor armonía rítmica.

Fuera de los ejemplos ¿qué era la retórica? Colección de palabrotas feas, como metonimia, sinecdoque, concatenación..... para cada triquiñuela su mote. Que si se añade una palabra por el principio, ó por el medio ó por el fin, que si se repite una misma al principio de dos versos ó al fin del uno y al principio del siguiente, etc.

La clase de matemáticas la teníamos con el excelente D. Ignacio, á quien todos conocíamos por el apodo de Catauchu, corrupción, parece, de Catuchúa, en vascuence: el gatito.

El álgebra me gustó siempre más que la aritmética. Me enredé siempre en la tabla de multiplicar y jamás logré adquirir ojo para hacer con presteza las divisiones. El planteamiento de un problema me era grato, pero su resolución me fatigaba, y aun sigue ocurriéndome así.

¡Qué gozo el de desarrollar largos binomios y trinomios! Cuando el encerado estaba atiborrado de signos, de ecuaciones, el cora-

zón se me alegraba, ponía en ello los cinco sentidos y experimentaba el placer que debe de experimentar un general al desarrollar un numeroso ejército en vistosa parada á los ojos del pueblo y del soberano que lo contemplan. Sacaba factores comunes ó los escamoteaba, reducía ecuaciones, quitaba y ponía, completamente embebecido. Y al llegar al resultado final, después de haber trazado los últimos términos al extremo inferior del tablero, en letra apretada y diminuta, con una rodilla en el suelo, entre neblina de polvillo de yeso, levantaba la cabeza radiante y contento al ver que había obtenido el resultado mismo que daba el texto. Había salido! ¡qué pena tener que borrarlo!

Aun recuerdo cuando me dijeron hablando de un teorema: Naverán—el otro catedrático de matemáticas—lo demuestra de otro modo. Me quedé pensativo, y diciéndome: luego hay más de un modo de demostrar un teorema!.....

Es un error vulgar el de los padres que creen que las matemáticas son lo más difícil que se enseña en la segunda enseñanza y que en ellas, mejor que en otra cualquiera asignatura, se aprecia el talento de los

muchachos. Las matemáticas son lo que menos mal se enseña, por ser lo menos complicado, y acaso es lo más fácil. Y como ejercicio lo era de memoria. Los sobresalientes de la clase eran los que se aprendían las demostraciones de memoria.

Así pasé el tercer curso y me preparé al cuarto, el que me dejó más huella.

IV.

No sé si será ilusión retrospectiva esto de creer que el cuarto curso de mi bachillerato fué el más anhelado por mí. Era el curso de la psicología, y los misterios del espíritu eran ya los que más me atraían; me llamaba, ya desde muy mozo, la Esfinge, en cuyos brazos espero morir.

Estudié la psicología, lógica y ética con el para mí inolvidable presbítero Don Félix Azcuénaga, alegría de los chicos que iban á be-

sarle la mano para recibir en cambio caramelos. El texto era una cartilla compendiadísima —y según he podido ver después, detestable— modelo de sequedad y de poco jugo, uno de esos mezquinos remedia-vagos que se hacen para sacar del exámen á los alumnos. Algunas fórmulas, tan precisas como falsas, es lo único que recuerdo del librillo y de las explicaciones de Don Félix ni jota, porque nos las largaba como un recitado y tan de prisa y en voz tan baja que nadie se daba cuenta de ellas ni él se cuidaba de que nos la diéramos. De sus *cosas*, no de sus palabras ni explicaciones, es de lo que guardábamos perdurable memoria cuantos pasamos por su cátedra, y yo de mis noches de vela leyendo á Balmes y á Donoso Cortés.

Marcaba Don Félix una página del librillo, é íbamos luego subiendo por orden uno tras otro, á la plataforma, á recitarle casi al oido la lección, que nos la tomaba con el libro abierto. Como era tuerto subían de ordinario los que no se sabían la lección por el lado en que no veía y cuando más á sus anchas estaba uno leyéndole el libro en sus propias narices, cerrá-

balo Don Félix, se volvía y si el alumno no sabía proseguir, sacaba una llave y exclamando: ¡ah, pícaro! le daba con ella un cosquetazo en la cabeza.

Eran curiosísimas las instituciones pedagógicas que creó. Había la de los campechanos, la de los esbirros y en sus últimos años de profesorado la procesión de Jatabe.

Aquellos que en los primeros días de curso se distinguían más por su desatención y turbulencia eran nombrados «campechanos». ¿Había desorden general y no podía Don Félix determinar quiénes fueran los revoltosos? Pues lo pagaban los campechanos ó delataban á los cabezas de motín.

Era oficio de los «esbirros» castigar las faltas leves de los demás dándoles un capirotazo en la cabeza, á riesgo de recibirlo ellos si no cumplían bien su cometido.

Y la procesión de Jatabe—pueblecillo de Vizcaya—se componía de veintiun individuos. Cuando había tumulto general, abría Don Félix al azar el cuadernillo en que llevaba la lista, llena toda ella de notas en forma de escopetas, sables, etc., y desde aquel nombre que cayera

por acaso bajo su único ojo contaba veintiuno que eran expulsados de clase con una ó más faltas. Y como á fin de curso resultábamos todos plagados de ellas, Don Félix las suprimía.

Era un espíritu infantil aquel buen cura. Se divertía con la clase, y lo que nosotros llamábamos pomposamente sus *injusticias* no eran sino caprichos. En sus últimos años creo que aquellos nuestros jaleos le eran gratos y dulces. Nos quería mucho; quería á los niños con ese cariño tan intenso como blando que al llegar á cierta edad se desarrolla en los solteros. ¡Cómo debía de gozar al hallarse en aquella pajarera y sentir el rebullicio de sus chicos!

El aula era un aula triste. Tenía unas ventanas con enrejado de alambre que daban á un patio que nos separaba del jardín y como éste se elevaba en declive, el aula era sombría. Desde sus duros bancos, encerrados en aquella jaula, á través de aquellas enrejadas ventanas que le daban aspecto de ratonera, mientras la voz cuchicheante y chilloncilla de Don Félix se filtraba y perdía en el triste aire, contemplaba yo el sol que irradiaba en el follaje del jardín, dejando vagar mi vista por los soleados euca-

liptos ó contemplando las ventanas del convento de la Cruz, aquel otro encierro, tan soleado por fuera. La clase era por la tarde.

Y era una de las clases más animadas cuando llegaban las discusiones silogísticas y las conferencias de los alumnos. La jaula se animaba entonces y se despertaban los pájaros. Empezaba el «es así que.....» y el «luego». ¡Quién de nosotros volviera á hallar el interés sencillo que poníamos en aquellas discusiones! El seco y duro mecanismo de la silogística parecía animarse mientras seguíamos nosotros con infantil interés el «niego la mayor!» ó el «niego la menor!»

De ordinario llevábamos escrita la argumentación, la serie de silogismos, que nos la había hecho el maestro ó el pasante. Se escribía un silogismo.... aquí negará la mayor.... pues pruebo la mayor! en este segundo negará la menor..... pues pruebo la menor! Y así el resto. Llegábamos á clase con nuestro papel, soltábamos el primer silogismo, negaba el contrincante la menor y no la mayor como habíamos supuesto, y como, por la rabia que eso nos daba, no podíamos decir «eso no vale! así

no juego!» tenía que acudir Don Félix en nuestra ayuda. Por mi parte sé que mi astucia polemística consistía en negar aquella de las dos premisas que me parecía más indudable, poniendo así en aprieto al adversario, y algunas veces negaba las dos, que era el golpe maestro. Y recuerdo también que entre mi vecino de banco Andrés y yo, inventamos no sé qué silogismo invencible, valedero para todas las cuestiones, desarrollando de tal modo el instinto rebelde á todo dogma.

Más solemnes eran las conferencias. Don Félix nos las encargaba con días de anticipación, cojíamos una obra algo extensa y nos aprendíamos la conferencia de memoria. Cuando ésta gustaba á Don Félix hacía traer una libra de dulces para el conferenciante, más dulces que al paladar al espíritu.

Había en aquel curso cierta rivalidad infantil mal disimulada entre un amigo mio y yo. Ibamos los dos tras del único sobresaliente que se decía daba Don Félix. Tocole su conferencia y aun recuerdo con qué ansiosa atención le escuché. No equivocó una palabra. Recibió dulces y me dió á gustar de ellos, no sé si pa-

ra darme envidia. Gusto fué que me azuzó los celos y aquella noche, con el excitante amargor de aquellos dulces en mi espíritu, me ejercité á repetir mi conferencia, leyendo sobre el libro tres ó cuatro veces un párrafo y recitándolo luego de memoria mirando al cielo. Por desgracia me fijaba demasiado en las ideas. Preparaba mi conferencia, que había de versar acerca de la divinidad de Jesucristo, estudiando sin descanso en un libro que hallé en casa.

¡Qué día aquel en que en medio de la espectación de la clase subí á la plataforma! Cuando podemos revivir un día de estos es cuando nos creemos imperecederos. El corazón me latía con fuerza mientras tomaba tiempo, impaciente por soltar mi retahila. Empecé. «Hace diecinueve siglos...» Era una entrada sencilla y solemne. Seguí con mi sermón, entrando en calor según devanaba de mi mollera el hilo de aquel recitado; hablaba en tono oratorio de Cristo y de la cristiandad, de la sangre de los mártires, de los milagros—«el mayor milagro sería convertir al mundo sin milagros»—llegué á la muerte de Jesús, cité, ó mejor dicho, re-cité aquello de Rousseau de

que si Sócrates murió como un sabio, Jesucristo murió como un Dios; terminé, un murmullo de aprobación se siguió á mi esfuerzo, pues todos conocían la lucha entablada. Don Félix, que se había dormido ó poco menos durante mi sermón, no recuerdo lo que dijo, me despidió, sacó su cuadernillo, apuntó algo y no hubo dulces. Me retiré suspenso entre el gozo y el recelo. Y no tuve sobresaliente en psicología, lógica y ética, aquel sobresaliente que habría sido el primero de mi bachillerato.

Pero aquel curso fué el curso que mayor revolución causó en mi espíritu, no por su labor oficial, sino por mis horas de vela, por las noches, leyendo á Balmes y Donoso. Don Félix nos quería mucho para fatigarnos con el estudio. Su edad y su caracter hacían que se contentara con darnos cuatro lijeras nociones escolásticas.

En la época de este cuarto curso, á mis catorce años, cumplióse en mí, por lecturas en noches de vela y por la obra de la Congregación de San Luis Gonzaga, la labor de la crisis primera del espíritu, de la entrada del alma en su pubertad Y voy á ver si consigo hallar

palabras apropiadas y sencillas para contaros aquella brisa de la mañana de mi espíritu. ¡Feliz quien logra resucitar en su memoria la candorosa expresión de sus años de romanticismo! Aquellos días en que me empeñaba en llorar sin motivo, en que me creía presa de un misticismo prematuro, en que gozaba de rodillas en prolongar la molestia de ellas, en que me iba á los Caños con Ossian en el bolsillo para repetir sus lamentaciones al Morven, á Rino y á los hijos de Fingal aplicándolo yo al viejo Aitor y á Lecobide, las fantásticas creaciones del inconsistente romanticismo vascongado.

V.

Cuando al llegar á cierta edad las ideas han adquirido en nosotros contornos definidos y sus matices se han fijado en colores, cuando el pensamiento, robustecida su osamenta, presenta esqueleto más duro aunque más quebradizo que en su infancia, cuando en la mente crecen vigorosas unas cuantas doctrinas entre ideas muertas, entonces es muy dificil representarse los albores de la propia razón.

La juventud de la inteligencia se asemeja

á la juventud del mundo. Toda forma es más caótica, pero más flexible; el horno hierve en ideas, la labor es complicada y rápida y para cada ser que nace mueren muchos, agostados en flor. Para cada idea que crece lozana en nuestro seso, que extiende sus ramas y nos da sombra y fruto ¡cuántas abortadas! ¡cuántas atrofiadas! Pero ni estas se pierden.

Enamorábame de lo último que leía, estimando hoy verdadero lo que ayer absurdo; consumíame un ansia devoradora de esclarecer los eternos problemas; sentíame peloteado de unas ideas en otras y este continuo vaivén en vez de engendrar en mí un escepticismo desolador me daba cada vez más fé en la inteligencia humana y más esperanza de alcanzar alguna vez un rayo de la Verdad. En vez de llegar, como muchos llegan, á decirme: «nada puede saberse de cierto» llegué á que todos tienen razón y es lástima grande que no logremos entendernos.

¡Qué efecto, Dios mio, cuando allá, en el cuarto de mi bachillerato, leí á Balmes y Donoso, únicos escritores de filosofía que encontré en la biblioteca de mi padre! Por Balmes

me enteré de que había un Kant, un Descartes, un Hegel. Apenas entendía yo palabra de su *Filosofía fundamental*—esa obra tan endeble entre las endebles obras balmesianas—y, sin embargo, con un ahinco grande, el ahinco mismo que aplicado después á la gimnasia regeneró mi cuerpo, me empeñé en leerla entera y la leí. Me dormía á las veces con el libro bajo los ojos; otras veces, cansado, aburrido, me entretenía en pellizcar los mocos de la vela y en amontonarlos junto á la mecha para que volvieran á consumirse, mientras se consumía la vitalidad de mi mente á la caza de ideas que se me escapaban.

Todo aquello de la razón pura del viejo Kant, de sus formas *a priori*, las fórmulas que Fichte saca de su A=A, la doctrina de Hegel acerca de la identidad entre el ser puro y la pura nada, cosas eran que producían vértigo á mi alma tierna y sin balancín todavía para sostenerse á aquellas alturas en la maroma metafísica. El mismo vértigo me hacía asirme de ella y me entercaba en penetrar el sentido oculto, creyendo que todo lo oscuro era profundo por ser lo más profundo lo inexpresable.

Me gustaba más la filosofía, la poesía de lo abstracto, que no la poesía de lo concreto. Sólo para descanso leía un tomito de poesías del mismo Balmes, otro de autores mejicanos, románticos y llorones, y la ruda y áspera *Araucana*.

La discusión de Balmes fué lo que empezó á abrirme los ojos. El espíritu del publicista catalán, una especie de escocés de quinta mano, tenía no poco de infantil; simplificaba todo lo que criticaba, ganando la discusión en claridad cuanto perdía en exactitud la exposición de las doctrinas criticadas.

Me he convencido más tarde de que quien no tenga de los grandes filósofos kantianos otra idea que la que de ellos nos da Balmes, no los conoce. Balmes mismo no los conocía apenas, sino de referencias y por extractos y muy mal digeridos. Pero asi como en pésimas traducciones de traducciones, á las veces en tercero y cuarto grado, que de Aristóteles corrían en la edad media, quedó de su genio el suficiente reflejo para promover y agitar escuelas y vivificar pensamientos, así del Hegel, por ejemplo, de Balmes, llegaba á mí un eco apagado y

lejano de la portentosa sinfonía de su gran poema metafísico. Balmes no me dió de él si no la cáscara, peladuras de ésta, pero de ellas brotó pulpo.

Estudiaba yo entonces, á la vez que psicología, geometría, y las fórmulas matemáticas del escritor catalán me encantaban; tomaba por comprensión del fenómeno lo que era exactitud de fórmula sin comprender todavía que es locura querer encerrar en ecuaciones la infinita complejidad del mundo vivo.

¡Qué maremagnum armó en mi mente toda aquella discusión acerca de la naturaleza del tiempo, del espacio, de la causa y de la sustancia!

Cuando leí que Newton consideraba al espacio como la inmensidad de Dios, esta hermosa metáfora—¡benditas sean ellas!—pareció dilatarme el pecho del alma haciéndome respirar el aire que llena la inmensidad divina y contemplar el cielo que la refleja.

Las *Cartas á un escéptico* y *El Protestantismo comparado con el Catolicismo* excitaban menos mi actividad por ser más accesibles, pero causaban mis delicias.

Y ¡qué de discusiones con mis amigos acerca del principio primero y el fin último de las cosas, ya de paseo, por el Campo del Volantín, á lo largo del rio, ya dando vueltas y más vueltas en la severa Plaza Nueva, mientras orvallaba tercamente! ¡Oh, esa Plaza Nueva, pobre, geométrica, escueta, qué de ensueños mios no ha recibido! En primavera las magnolias que se alzaban—después las han derribado—en derredor al estanque en que estaban las ranas de metal vomitando chorros de agua, daban sus grandes y perfumadas flores marfileñas, embalsamaban la Plaza toda y bandadas de pajarillos gorjeaban embriagándose en aquel perfume. Y yo, dando vueltas á sus soportales, gorjeaba mis metafísicas embriagado con el perfume del misterio.

Compré un cuadernillo de real y en él empecé á desarrollar un *nuevo* sistema filosófico, muy simétrico, muy erizado de fórmulas, y todo lo laberíntico, cabalístico y embrollado que se me alcanzaba. Y resultaba, sin embargo, claro, demasiado claro. Es lo que me sucede todavía; cuanto más oscura y cabalística quiero hacer una cosa, más clara me resulta; nunca

revelo mejor mi pensamiento que cuando quiero velarlo.

Y todavía, por entonces, no había escrito un verso! A lo cual se debe, sin duda, que haya más tarde casi abandonado la metafísica por la poesía, que me parece más honda metafísica.

Durante las noches, cuando después de estudiada mi lección, me sumergía en Balmes, pasaban por mi mente en tropel larvas y esbozos de ideas, en confusión abigarrada, y hasta que me dormía zumbaban en mi mente fórmulas huecas y vestiduras de ideas.

El *Ensayo sobre el liberalismo*, de Donoso, me producía en algunos pasajes escalofrios en el espíritu. La marcha oratoria de su discurso, la pompa hojarascosa de su estilo, lo extremoso y en el fondo lúgubre—si fueran originales—de aquellas doctrinas, espantaba el sueño de mis ojos. Aquellos reflejos del pensamiento paradójico de De Maistre, su maestro, lo de que la razón humana ama el absurdo, aquellas frases bajo que representa el pecado original, aquella pintura del linaje humano que en un barco zozobrante desciende

por el tormentoso rio de los tiempos, invocando y execrando, maldiciendo y bendiciendo, aquellas exposiciones del satanismo inocente y pueril del buen Proudhon, todo ello ¡qué efecto no haría en una mente que empezaba á abrir su caliz á la luz de la verdad!

Aquellos libros que por acaso había en la biblioteca de casa fueron el fermento primero de mi espíritu. También estaba allí *El Evangelio en triunfo* de Olavide, pero jamás pude leerlo, tanto cansancio me producian sus páginas.

De mi curso de geometría, coetáneo con el de filosofía, recuerdo poco. Lo más que nos aprendíamos mejor lo más dificil, sobre todo aquella famosa demostración del volumen de una pirámide truncada de bases paralelas.

Mi cuerpo iba debilitándose.

VI

La más pura poesía humana es inaccesible á quien no haya pasado alguna vez en su vida por crisis mística más ó menos efímera.

Cuando al entrar en la vida se nutre el alma de altos pensamientos ultramundanos, aun pareciendo inadecuados á la ternura de la niñez, obran sobre el alma infantil, vaso de gracia, mucho más eficazmente que sobre el alma adulta. Como en los pueblos nacientes, así en

las almas que se abren á la vida aparece más augusto el misterio del mundo, más vivificantes los reflejos de la aurora y más solemnes las sombras de la noche.

Si la vida del hombre es trasunto y resumen de la vida del linaje humano, no puede tenerse por verdaderamente hombre quien no haya por lo menos pasado por un periodo sinceramente religioso, que aun cuando pierda su perfume, su oculta savia le vivificará. Los pensamientos más profundos no son los que brotan en fórmulas concretas de las inteligencias excelsas, sino los que como nubes se forman en el cielo con los vapores que exhalan los corazones puros y bajan luego, en dulce orvallo, á rociar á los espíritus humildes.

Eterna memoria y fecundo surco dejó en mí la Congregación de San Luis Gonzaga, á que pertenecí. Como reliquia guardo el oficio en que se me notificaba—el primer oficio recibido en mi vida, con su ancho margen en blanco—habérseme nombrado secretario de su junta directiva, y de entonces data la preciosa amistad que me une al que fué durante algún tiempo su director.

Nos reuníamos los domingos por la mañana, en la plazuela de la Encarnación, en Achuri, y en el templo de este convento oíamos misa.

La Congregación nos daba qué pensar y en qué ocupar la imaginación. No olvidaré los cabildeos que armamos en una renovación de junta, cuya votación se hizo en un departamento anejo al templo. Pero de lo que me ha quedado más hondo recuerdo, y algo más que recuerdo, es de las seisenas.

Era al anochecer, en el claustro llamado el Angel, de la basílica de Santiago. Cuando entrábamos en él se veía algún negro bulto femenino, acurrucado en la sombra, junto á los confesonarios, se oía algún levísimo cuchicheo, alguna tos solitaria. Pronto se iban las mujeres. Iba cerrándose la sombra, filtrábase un poco de la luz derretida del crepúsculo moribundo por las ventanas de colores y nosotros, lleno el espíritu de las cien frescas nonadas del día, nos colocábamos en nuestros asientos y empezaba la seisena.

El director ó su ayudante, á la luz de una bugía, único y débil luminar que ardía en las

sombras, leía un trozo de meditación, cesaba, empezaba el armonio en un rincón y cada cual echaba á volar su fantasía, quien por el tema propuesto, quien por otro cualquiera. Era la imaginación, no la razón, la que meditaba; y es lo que sucede siempre. La razón discurre, no medita; la meditación es imaginativa. Y nada más hermoso que una imaginación infantil, de alas implumes, cuando medita. Al arrullo del armonio, mecida en sus sones lentos, arrastrados y graves que robotaban por el claustro, mi pobrecita imaginación, plegadas sus implumes alas, acurrucada, no meditaba en vuelo, sino soñaba en quietud.

No la severa contemplación del destino del hombre ó del misterio de ultratumba, sino viajes al encantado campo de los ensueños. ¿Quién no se ha representado á sí mismo en un ideal, quién no se ha traido al escenario de su propio espíritu viéndose ya como hombre opulento que dispone de sus riquezas, ya como poderoso guerrero dirigiendo sus huestes entre el fragor de la batalla, ya como orador dominando el tumulto de las muchedumbres? Y quién no soñó alguna vez con ser santo?

Era una edad en que la mente no podía aun fijarse en el tremendo misterio del mal, de la muerte y del sentido; era una edad de frescura en que la imaginación se me dejaba brizar en la poesía exquisita de la vida de santidad; era una edad en que aspiraba el perfume de la flor sin gustar el fruto. De perfumes se nutría mi alma. Era la edad en que en medio de misterios, penetra al alma la serenidad de la vida y sólo se imagina á la muerte en remota lejanía, confundidos sus confines con los de la vida, como cuando bajo el cielo sereno parece el mar continuarse en él.

Soñaba en ser santo y de pronto atravesaba este sueño su imágen. Iba de corto, sus cortas sayas dejaban ver las lozanas pantorrillas, su pecho empezaba á alzarse, la trenza le colgaba por la espalda, y sus ojos iban iluminando su camino. Y mi soñada santidad flaqueaba.

Los ojos se habían acostumbrado á lo oscuro del claustro, y al salir á la calle, el aire y el bullicio penetrando por las ventanas del alma la turbaban, volviéndola al carnaval incesante de las impresiones huideras; parecía

salirse á flote y sentíase un pesar grande al ver hundirse aquel otro mundo vislumbrado por la imaginación, mundo de quietud, de mar sin orillas. Algunas veces me recojía, procuraba cerrar las ventanas del alma, llegaba á casa, cenaba, y en la cama reanudaba mis fantasías, hasta que vencido por el sueño, me dormía como un bendito.

El día más solemne para los congregantes era el de San Luis Gonzaga. Aun recuerdo un año en que el entonces párroco de Santiago, señor Ibargüengoitia, nos llamó ovejas un sin fin de veces y nos habló de pastos espirituales ¡sencillas y antiguas metáforas que debió de haber leido en algún libro viejo!

En las procesiones de Corpus íbamos con la cinta y la medalla al cuello, con nuestras hachas, cuya luz, á la mayor claridad del día, bajo el sol radiante, no alumbraba, sino que ardía pura y trasparente y como si en puro homenaje se consumiera.

Una renovación de junta nos dió mucho que hablar y que intrigar durante unos días y las reuniones de la directiva fueron un verdadero acontecimiento para mí, así como el ex-

tender sus actas, que corregía el Director. Todos los cabildeos y secreteos de unas elecciones á diputados no valen nada al lado de los nuestros cuando aquella famosa renovación de junta. Tardes enteras consumimos tres ó cuatro amigos en hablar de ello, y había citas, conjuraciones y conspiraciones ocultas. De lo más de ello creo hoy que tenía la culpa uno de mis amigos que leía sesiones de Cortes, estaba enterado de las Constituyentes y había leido algún discurso de Olózaga.

Una vez constituidos en junta y triunfantes en el sufragio, ocurrió pronto el magno suceso. Y fué que á cuenta de si se publicaría ó no la cantidad con que cada congregante se suscribiera á la confección de un nuevo estandarte, surgió la disensión; la batalla fué corta, pero desastrosa para nosotros; el Director impuso su veto, dió un golpe de Estado y entronizó el cesarismo. ¿Y para eso nos reconocía derecho de sufragio y salíamos de junta y celebrábamos sesiones, con acta y todo, y votábamos en ellas? ¿para eso? ¿éramos ó no una asamblea legislativa? Si éramos un cuerpo meramente consultivo, estábamos allí de más,

y si teníamos autoridad para legislar, el acto del Director no era si no un golpe de cesarismo, un atentado á nuestra soberanía. ¿Qué habría dicho Olózaga?

Todavía recuerdo la profunda indignación y el hondo desdén que me produjo el que un chico me dijera que todos los congregantes éramos unos carlistones. ¡Carlistones! Me parecía imposible tan profunda necedad, que en este, como en otros casos, atribuía yo á la deplorable ignorancia que respecto á cosas religiosas leía que aquejaba á los hombres frívolos y mundanos. Aquel chico que me dijo que éramos unos carlistones los congregantes, era un chico frívolo y mundano, que no sabía meditar al armonio ni había leido á Balmes.

He aquí cómo en aquella misma Congregación, junto á los fecundos y encantados ensueños que fomentaban sus seisenas y ejercicios, hallé pábulo de ideas mucho más rastreras y mundanas.

VII

No hay, después del primer curso, otro más deseado, durante el bachillerato, que el último. Es el más divertido, el de los experimentos, y aquel en que nos envidian los alumnos de los cursos inferiores. En física hay juegos de manos, en agricultura paseos al jardín, en historia natural exposición de piedras, bichos y plantas.

En el último curso es cuando se perfecciona la gravedad del *pavo*. Por vacaciones de Navidad y otras de durante el curso, los de

último año dejan de asistir á clase con toda formalidad, dejando á los primerizos que griten y silben á la entrada del Instituto. Se piensa ya en la carrera, y sobre todo en salir del pueblo.

Aun me parece oir al excelente Don Manuel, el físico, gritarnos: ¡Esto da grima! ¡me están ustedes matando! ¿Ustedes quieren que el catedrático muera? Y nosotros á coro: ¡Sí, sí! Y creo que si con nuestras intemperancias le acortamos la vida—que fué larga—en sus últimos años le eran necesarias. Cuando en los días solemnes, después de haber hecho con éxito algún *experimento,* nos miraba, era de ver la expresión placentera de su rostro característico al recibir nuestros ruidosísimos plácemes en estruendosos aplausos acompañados de tal cual pateo. Una sonrisa de triunfo iluminaba aquel rostro que se me antojaba muy de sabio. Porque los sabios han de ser ancianos y canosos y muy de sabio la cara de aquel Don Manuel, muy parecida á la de Mr. Thiers, con sus patillas canas, el mechón de pelo blanco coronando la frente y saliendo la cabeza toda de un cuellito

de camisa tieso y erguido. No se me despintará tan facilmente aquel rostro, que tantas veces dibujé en caricatura.

Si el experimento era de óptica se cerraban las ventanas, y ¡allí era Troya! Los gritos, los alaridos, las patadas, hacían que Don Manuel, indignado, renunciara al experimento. Y á pesar de saberlo de otros años, no escarmentaba.

Así es como la cátedra de física fué, para mí por lo menos, una pura distracción. No aprendí en ella casi nada y ni de las fuerzas, ni de sus leyes, ni de su acción, averigüé cosa. Lo mejor que recuerdo es cómo bajaba la plomada de la máquina de Atwood, la sacudida del aparato eléctrico, que al arrancarnos un estremecimiento provocaba la plácida sonrisa de aquel rostro de sabio, y su grito de: «Me están ustedes matando!» cuando estábamos dándole vida.

A la entrada del aula en que Don Fernando nos daba clase de historia natural y fisiología, había como guardián un oso disecado que recibió no pocas cuchilladas de cortaplumas.

Fué, sin duda, la historia natural la asigna-

tura que más con afición y provecho estudié durante mi bachillerato, y á ello debió de contribuir no poco el sistema pedagógico de Don Fernando, su tiroteo de preguntas que nos obligaba á tener alerta la atención y en tensión la mente, y aquella su requisa del espíritu dejando de lado la letra. Y á pesar de ello no seguí luègo la carrera de Ciencias Naturales, pues es cosa sabida que los muchachos se creen con mejores aptitudes para aquello que mejor se les enseña. Es la historia de las más de las vocaciones.

Es curioso observar cómo se asustan los muchachos de oir la más sencilla pregunta, cómo suponen hondo sentido á lo más palmario, cómo rebuscan la más intrincada contestación para la más patente demanda. Recuerdo que nos preguntó un día cuál era el efecto del alcohol sobre el hombre; buscada por cada cual de nosotros la más recóndita respuesta, se fué él corriendo de uno á otro, y cuando hubo preguntado á todos, sin haber obtenido la contestación que buscaba, exclamó: ¡emborrachar! Nos quedamos todos con la boca abierta. Era una respuesta que habría dado un

niño. Pero es que en la mente de los niños habita el espíritu de Pero Grullo, y detrás de los ojos de la Esfinge, ojos ciegos, acaso no hay nada si no lo que vemos.

Tampoco olvidaré los ejercicios que para clasificar plantas hicimos por el método dicotómico y la tan machacada definición de la especie, con que trataba de prevenirnos contra supuestas sorpresas futuras.

¿Qué saqué de la labor de este curso, el más fructuoso para mí?

Debería el jóven, al salir de tal estudio, llevar impresa en su mente una concepción fecunda de la vida y sus manifestaciones, sellado en su espíritu el concepto vivo de la naturaleza viva. Pero nada de esto sucede. Nuestras deplorables tradiciones escolásticas que hacen de toda enseñanza una disciplina predominante ó exclusivamente literaria, la desatención de la opinión pública y la organización detestable de nuestra enseñanza hace que no se saque sino una fría y mecánica concepción de casillero.

Cualquiera creería que el fin de la ciencia es ordenar despojos, que el espíritu se enri-

quece con algún concepto vivo cuando aprende á llamar *melolontha vulgaris* al *cochorro* ó *felix catus* al gato, que el fin de la ciencia es catalogar el universo y aprender una nueva jerga. Salimos de tales enseñanzas incapaces de discernir en la pata de un caballo el talón de la rodilla y mucho más de conocer los dedos del toro. Eso que se llama colecciones zoológicas no son más que pellejos rellenos de paja ó estopa, muy apropósito para causar admiración en los paletos. Y luego ¡ese empeño de darnos á conocer bichos raros y exóticos, alimañas de lejanos climas y de extrañas cataduras, sin hacernos parar la atención en lo que nos rodea, y es lo que conocemos peor.

Y si se trata de despertarnos las facultades de observación ¡qué casos más curiosos! Recuerdo el de aquel muchacho que había oido á su profesor de historia natural repetír una y cien veces que es menester observar por sí mismo, y al preguntarle en el exámen por el león, dijo que éste tiene al extremo del rabo un mechón de cerdas y un aguijón entre ellas. Y estaba bien observado, pues en el

ejemplar de león disecado que él conocía, asomaba por entre el mechón de cerdas en que termina el rabo el extremo del alambre con que se sostenía este mismo rabo.

A cambio de una enseñanza viva se remacha bien en la *definición* de la especie, definición abstracta, escolástica y puramente verbal, por los unos; y por los otros se hacen poemas cosmológicos y precipitaciones pseudocientíficas. Se contempla el vestido de la naturaleza, se aprenden los motes que los hombres de ciencia han dado á los seres vivos para facilitar su indagación, pero su alma, su espíritu ondulante se nos escapa.

En resolución ¿qué fruto saqué de los años de mi bachillerato?

Junto á algunas desilusiones, aprendí que había un mundo nuevo apenas vislumbrado por mí; que tras de aquellas áridas enseñanzas, despojos de ciencia, había la ciencia viva que las produjera; que la hermosura de reflejo que, como la luna su lumbre, derramaban aun aquellas disciplinas y lecciones sobre mi mente, aunque lumbre pálida y fría, era reflejo de un sol vivo, de un sol vivificante,

del sol de la ciencia. Salí enamorado del saber.

Tras aquella terminología de la gramática y de la retórica, tras aquella narración notarial de la historia, tras aquella logomaquia de la psicología, tras la gimnasia acompasada de las matemáticas, tras los juegos de manos de la física, tras los terminachos, los motes, las casillas etiquetadas y los pellejos rellenos de paja de la historia natural vislumbré un mundo nuevo.

Fuí á Madrid á estudiar Filosofía y Letras henchido de ilusiones, que en parte se ajaron para engendrarme otras, y éstas otras á su vez. Y así mi vida toda, en un continuo fluir de ilusiones, en renovación perpetua, empezando á vivir cada día. ¿Cuándo descansaré, Dios mio? ¿cuál será mi postrer anhelo? ¿éste, el de ahora? ¡Dios lo quiera!

MORALEJA

Ahi, ahi, che conosciuto il mondo
non cresce, anzi si scema, é assai piú vasto
l'etra sonante e l'alma terra e il mare
al fanciullin che non al saggio appare.

(Leopardi. "Ad Angelo Mai..)

Ay, ay, que conocido el mundo
no crece, antes bien mengua. Mucho más [vastos
el mar, la noble tierra, el resonante cielo
parecen que no al sabio al pequeñuelo.

Una vez concluido mi bachillerato dejé las riberas del Nervión para ir á Madrid á estudiar

carrera, con cuan otras disposiciones al parecer, pero cuan el mismo, en realidad, que cuando ingresara en el Instituto. Cierto es que había aprendido, entre otras cosas, á llamar al *cochorro*, como los sabios, *melolontha vulgaris* y que es un coleóptero pentámero lamelicornio, pero mi espíritu penetró por eso más en el suyo? De chico me preocupaba el no encontrar cochorritos crías, supe más tarde lo del huevecillo, la larva y la crisálida, pero seguía rebuscando las crías ideales del cochorro ideal.

¿Por ventura el soplo irruptor de la ciencia ensanchó el pecho de mi alma?

Muchas veces contemplando desde el alto de la cordillera de Archanda mi villa nativa de Bilbao he pensado que ha ido achicándose, á pesar de su ensanche, á medida que he ido creciendo yo. En un tiempo un paseo á Asúa, al otro lado de la cordillera, me parecía expedición de novela de Julio Verne, tiempo en que engaitábamos al que se iba á pasar unos días á Abadiano y en que al jactarse cualquiera de nosotros de haber visto más pueblos que otro de sus compañeros, citaba á Deusto, Por-

tugalete, Alonsótegui, Galdácano, Derio ó Arrigorriaga.

El mundo se empequeñece, como el pueblo nativo, según se agranda el hombre; vuelve éste siempre la vista á aquellos primeros años en que todo se nos aparece como misterio trasparente. Como al niño, atrae al adulto el misterio. En vano se quiere proscribirnos mezquinamente la rebusca de lo que se llama inaccesible, del infinito de lo ignorado que como mar sin orillas se extiende más allá del mezquino campo de la ciencia y que se ensancha á medida que ésta avanza, brotando nuevos misterios de cada nuevo descubrimiento.

> Ecco tutto e simile, e discoprendo
> solo il nulla s'acresce.
>
> Ved que todo es igual y descubriendo
> sólo la nada crece

cantaba el poeta Leopardi.

Nuestros primeros años tiñen con la luz de sus olvidados recuerdos toda nuestra vida, recuerdos que aun olvidados siguen vivificándonos desde los soterraños de nuestro espíritu, como el sol que sumergido en las aguas del Oceano las ilumina por reflejo del cielo.

El niño al nacer llora y al abrir los ojos á la luz sonrie; el soplo duro de la tierra le causa dolor y la luz que ilumina al mundo le recrea. Aquel primer vagido al aire y aquella primera sonrisa á la luz alientan toda su vida. Podrá llenar de representaciones y conceptos el almacen de su cerebro, siempre aquel sollozo, aquella sonrisa y aquella ojeada servirán de tronco al arbol de su alma.

Las ideas que, en cierto modo, traíamos virtualmente al nacer, las que encarnaron como vaga nebulosa en nuestra primera visión, las que fueron viviendo con nuestra vida y de nuestra vida hasta endurecer sus huesos y su conciencia con los nuestros, son las ideas madres. las únicas vivas, son el tema de la melodía continua que se va desarrollando en la armoniosa sinfonía de nuestra conciencia. Las demás ideas ó no pasan de cachivaches almacenados en la sesera ó sirven sólo de pábulo á las congénitas.

Y aun hay más y es que tiene más aliento y eficacia la santa idea de nuestra infancia enterrada en la conciencia que no la que actualmente se agita turbulenta en ella y parece dominarla.

¡Cuántas veces volvemos la vista á la intuición serena de los primeros años, la que á fuerza de sencillez alcanzó la mayor profundidad! La mayor profundidad, la que sonda el ojo creador de la poesía, cuya fecunda edad es la niñez. Así como al enajenarnos en la obra artística la recreamos en nuestra fantasía, nos sentimos autores con su autor que se perdió en ella y por tanto sin envidia ni recelo la gozamos, así también el niño, al enajenarse en el mundo, lo recrea y el divino aliento del Creador inspira su alma. Se pierde en el mundo y al perderse en él lo hace suyo; en su espíritu virgen se abrazan la vida del mundo y la de su alma; enlaza sus fantasías á las fantasías de lo creado y al dejarse llevar de la corriente de los días, que fluye bulliciosa por su espíritu, alcanza la mayor libertad en el seno de la necesidad más estricta.

¡Santa edad de la madre Poesía y del padre Juego! Sí, del padre Juego, del que, como enseñaba Schiller, nació el arte. La intuición pueril del mundo, el santo soplo de la madre Poesía refresca al alma. Por ella los hombres, rendidos del batallar de la vida, cobran hálito

como el gigante Anteo del contacto con la tierra. Del duro trabajo á que estamos condenados nos remozamos en el juego, de la inquisición laboriosa y desecante de la ciencia, en la contemplación plácida y refrescadora de la poesía.

Son grandes los poemas homéricos porque de sus inmortales páginas traspira vivificadora brisa de la infancia de nuestra civilización. Bajo el pulido cielo de la Jonia el viejo cantor canta el rencor de Aquiles, el de los piés veloces, y á los cabelludos aqueos que pelean contra la sagrada Troya por aquella divina Elena, *cara de perro*, esposa del rubio Menelao. Y cuando los prudentes ancianos de la ciudad de Priamo acuden á las Puertas á presenciar el singular combate entre el divino Paris y el rubio Menelao, y chachareando como cigarras que posadas en los árboles del bosque dan su voz al aire, ven á Elena acercarse á la torre, se dicen los unos á los otros: No debe causar indignación el que los troyanos y los cabelludos aqueos sufran dolores durante tan largo tiempo por semejante mujer; se parece terriblemente en su rostro á las diosas inmortales.

Así comprendía que peleen los hombres por la belleza y por la belleza encarnada en mujer, aquel ciego, cuya mirada tan serena como el cielo de la Jonia, penetraba con maravillosa intuición en las almas infantiles de sus héroes.

¡Cuan otro el mundo que se abre á los cuidados de la vida! En aquel sagrado poema, en que pusieron mano cielo y tierra y cuya gestación dejó flaco para muchos años á su autor

> al quale ha posto mano e cîelo e terra
> si che m'ha fatto per piu anni macro
>
> (*Paridiso*, XXV 2-3)

el mundo es para el Dante, cantor de los siglos medios, cuando los pueblos, pasado el milenario, se agitaban turbulentos, una visión tormentosa, llena de misterios y colmada de vislumbres, henchida de los cuidados de la política y de la obsesión del Imperio y del Pontificado, resonante con las luchas feroces de las ciudades y de los bandos.

El adusto gibelino recorría el valle doloroso del Infierno y el monte del Purgatorio para considerar la historia de los errores, de las culpas y de las calamidades de la tierra, é iba á

interrogar á la verdad de la sabiduría eterna en el cielo, á fin de santificar las costumbres, las leyes y la filosofía y reducir á concordia al pueblo cristiano sacrificado en guerras civiles á la ambición avidísima del Pontífice *(Inferno* IV, 8; *Purgatorio*, XXXII, 99-103; *Paradiso,* XXVII, 46 y siguientes). El fin práctico se encadena á la poesía pura, que es cosmorama para Homero.

Y en nuestro siglo XIX el avejentado doctor Fausto, harto de perseguir la verdad, alocado después de haber estudiado filosofía, teología, jurisprudencia y medicina y dedicádose á las ciencias ocultas, juguete del nihilista Mefistófeles,

(Ich bin der Geîst, der stets verneint
("Faust„ 984)

después de haber recobrado aliento en el aliento de Margarita, se vuelve á la inalterable Elena de la infancia de nuestra civilización.

Y es que acaso no haya concepción más honda de la vida que la intuición del niño, que al fijar su vista en el vestido de las cosas sin intentar desnudarlas, ve todo lo que las cosas encierran, porque las cosas no encierran nada,

siente el misterio total y eterno, que es la más clara luz, toma á la vida en juego y á la creación en cosmorama. Acaso el más hondo sentido se encierra en aquellas palabras de Homero en su *Odisea* (VIII, 579-580): «Los dioses traman y cumplen la destrucción de los hombres para que los venideros tengan algo que cantar».

Pero no, no, no; hay un misterio, hay un más allá, hay un dentro.

Mas solo conservando una niñez eterna en el lecho del alma, sobre el cual se precipita y brama el torrente de las impresiones fugitivas, es como se alcanza la verdadera libertad y se puede mirar cara á cara el misterio de la vida.

ESTRAMBOTE

Las páginas precedentes no son sino un rehacimiento de escritos que hace unos quince años publiqué en cierta hoja literaria de *El Nervión*, diario de Bilbao. Según, después de publicados, iba haciendo memoria de nuevos particulares de mis recuerdos de niñez y mocedad, iba marginando con éstos las hojas de *El Nervión* guardadas con cariño. Mas aun así y todo, y al ir á concluirse la impresión de este libro, caigo en la cuenta de haber dejado

escapar uno de los más interesantes aspectos de mis memorias, cual es el que se refiere á mi educación en el arte del dibujo y la pintura, en el estudio del pintor guipuzcoano Don Antonio de Lecuona.

Y digo interesante á este aspecto, no por lo que á mí respecta, sino por haber yo conocido en aquel estudio al en un tiempo famosísimo, y hoy más olvidado de lo que merece, Don Antonio de Trueba, amigo de Lecuona. Allí, en aquel estudio, conocí, en efecto, á Antón el de los Cantares.

I

El estudio de Lecuona estaba en el piso más alto, especie de bohardilla, de la casa misma en que yo he vivido en Bilbao desde la edad de un año hasta la de veintisiete. Allí es donde aprendimos los rudimentos del dibujo y aun de la pintura los más de los bilbainos de mi tiempo que los hemos cultivado, poco ó

mucho, ya como aficionados, ya como profesionales.

Yo empecé mi instrucción artística en el dibujo desde muy jóven, pero debo confesar, dicho sea con todo respeto y todo cariño á la memoria de Lecuona, que el verdadero camino lo tuve que encontrar por mí mismo. El, sin embargo, me hizo la mano.

En el Instituto fuí famoso por las caricaturas que de los catedráticos hacía, todas ellas de perfil, claro está, y todas mirando á la izquierda.

Aun flotan en mi memoria numerosas figuras de *cabezas de estudio* que copié en aquel bohardillón, y no pocas veces al visitar museos me he encontrado en cuadros célebres con algunos de esos mis viejos conocidos.

Una de las cosas que aprendí con más cuidado fué á trazar encima de las sombras extendidas á esfumino dos series de rayitas paralelas formando entre sí rombos, artificio en que era muy diestro Lecuona.

En la clase de dibujo, como en las del Instituto, todo el interés dramático, vital, estribaba en el paso de unos grados á otros. «¿Cuán-

do me pondrán á yeso?» y estando ya en yeso: «¿cuándo me pondrán á la aguada?» y al andar ya á la aguada: «¿cuándo me pondrán al óleo?» Tal era el proceso.

Guardo una vaga memoria de cuando de la copia de modelos me pasó Don Antonio al yeso, trasladándome de habitación.

Tenía ahora que aprender á ver las sombras ayudándome para ello no pocas veces del tacto y de la reflexión. Porque, en efecto, donde el yeso hacía un entrante ó un saliente, por leves que fuesen, tenía que haber una sombra, por tenuísima que la supusiésemos, nos decía el maestro. Y esto era sombrear á cálculo.

Pasé luego del yeso al óleo—de la aguada no me acuerdo—pero, francamente, el color se me resistía. Fuí siempre sucio para él, tal vez por que no me enseñaron á verlo. Fuí sucio para trasladarlo al lienzo y sucio también para trasladarlo á mi traje. Me ponía perdido, aun á pesar de la gran blusa protectora.

Lecuona abusaba del ocre y nos hacía abusar de él, por mucho que nos repitiese la consagrada frase de: ¡eso más caliente, más caliente!

Allí, en su estudio, copié unas cuantas copias que él, en sus años de aprendizaje, había sacado de fragmentos de cuadros célebres—de Rubens, de Velazquez, etc., etc.—pero sobre todo copié cuadros suyos, del mismo Lecuona. Aun conservo algunas de estas copias.

Los que guardamos de Lecuona más cariñosa y más respetuosa memoria, no podemos, sin embargo, afirmar que hubiese sido un gran pintor, ni un gran dibujante. No pasó de una medianía bien intencionada y tímida, pero en muchas cosas fué, sin duda, un precursor.

No se distinguía, en efecto, Lecuona ni por el dibujo, ni por el colorido. Este era frio y acromado en sus cuadros, y aquel, cuando no incorrecto, vulgar. Mas aun con todo y con esto su influencia en los artistas bilbainos y en general vascongados que le han sucedido, es innegable. En algún aldeano arratiano de Paquito Durrio, pongo por ejemplo, he reconocido tipos que él y yo copiamos más de una vez en el estudio de Lecuona.

II

El arte de Lecuona tenía en grado eminente la cualidad que ha distinguido al arte vascongado—si es que de éste puede hablarse no siendo ahora, en el tiempo de Zuloaga, Losada, Guiard, Iturrino, Regoyos, Uranga, los Arrúes, y en escultura Mogrovejo, Durrio...—la cualidad de la timidez.

El más fuerte distintivo del vascongado es

la vergonzosidad. Encontrareis en mi tierra hombres arrojados y resueltos, capaces de embarcarse en un cascarón de nuez durante una galerna ó de jugarse la vida en cualquier peligro, pero esos mismos hombres si quereis obligarlos á que se produzcan en público ó siquiera delante de una mujer á la que no conozcan, los vereis aturullarse y confundirse.

Se ha dado como explicación de esta cualidad y del singular mutismo que ha caracterizado á mi pueblo, el hecho de haber hablado durante siglos, y seguir hoy hablando en gran parte, una lengua especialísima que le separaba de los demás. El aldeano vasco como habla mal el castellano, teme que se burlen de él los que se lo oyen y de aquí, dicen, su encojimiento y timidez. Mas á esto basta con oponer que igual encojimiento muestra cuando habla en su propia lengua. No, ello ha de deberse á causas más íntimas.

En mis paisanos es fortísimo el temor á desentonar, á salirse de la linea media, á singularizarse. Lo cual hace que cuando rompemos esa contención, cuando nos sacudimos de esa vergonzosidad, sea difícil ya detenernos.

Al sacudirnos la vergonzosidad solemos ser bastante desvergonzados.

Y esta cualidad se ha podido observar en lo que, forzando las palabras, llamaré arte vascongado. Todo en él discreto, contenido, tímido, pobre.

A lo cual se unía en Lecuona, como rasgo también de raza, el sentimiento de la poesía del hogar, casera, una poesía discreta, contenida, tímida y pobre también. Es lo que se ha llamado nuestro espíritu patriarcal.

No hay más sino recordar los cuadros más característicos de Lecuona: *La bendición de la mesa* en que se veía á la familia aldeana, en el comedor de su caserío, separada no más que por unas tablas del aposento de los bueyes; *La limosna*, un niño aldeano, cojido de una mano por su madre, y dando con la otra una mazorca de maiz á un mendigo que pasa; una escena de taberna; un baile en una romería; y otros así.

Y en todos ellos se veía indudable la influencia de Teniers, que fué el pintor que más directa impresión causó sobre Lecuona cuando éste estudió en Madrid.

Ya el hecho de haberse dejado influir preferentemente por Teniers prueba cuan profundo era el sentimiento que de su propio pueblo abrigaba el pintor guipuzcoano, mi maestro. Y como en otro de mis libros, *De mi país*, al cotejar Castilla con Vizcaya, á pretexto de una visita á Alcalá de Henares, he disertado sobre esto, remito allá al lector que quiera saber más de largo.

Copias de Teniers había por todas partes en el estudio de Lecuona y en sus cuadros reminiscencias del pintor flamenco, traducidas al vascuence, sin que faltara el sujeto que vuelto de espaldas al espectador hace aguas menores contra una pared. Y todo ello revelaba el buen humor discreto, contenido y razonable de Lecuona.

Recuerdo, también, haberle oido hablar del Greco, pero no más que como de un loco y un extravagante. Y una de las pruebas de su locura era, según Lecuona, la mitra puesta del revés—que así veía aquella singular tiara—que figura sobre la cabeza del Padre Eterno de su cuadro *La Trinidad* que se halla en el Museo del Prado. Y en esto de estimar loco al

Greco no hacía Lecuona sino seguir una opinión vulgar bastante extendida. Era natural. El Greco, este poderoso revelador de lo más íntimo y más bravío del alma castellana, tenía que asustar á un hombre como Lecuona. Y, sin embargo, el Greco ha sido el que más ha llevado á nuestro Zuloaga á manifestar lo que puede en el arte el genio vasco, cuando rompe sus trabas peculiares.

También hacía retratos Lecuona, compartiendo este oficio con Barrueta y otros. Retratos también discretos, tímidos, contenidos.

Entre ellos hizo uno del gran arlote, del bardo errante, de Iparraguirre, el cantor del roble de Guernica, retrato que yo copié. Y entonces conocí á Iparraguirre, cuando vuelto de América iba al estudio de Lecuona á que éste le retratase. ¡Y con que honda emoción veíamos pasar á aquel hombrón legendario, con su larga barba y sus largas melenas blancas! En el retrato está tocando la guitarra y de boina y creo recordar haberle oido que él en su juventud no la había gastado, sino ancho sombrero, como en el retrato de Bringas aparece.

Pero lo que aprendí en el estudio de Lecuona fué á trazar el perfil del arratiano, con su gran sombrero de ala por detrás replegada, sus melenas, su pipa de barro y el ancho cuello de su camisa.

¡El arratiano! ¡El arratiano llegó á ser para nosotros un ser confinante en lo mítico, envuelto en leyenda! Y de aquí la profunda emoción que me embargaba cuando por primera vez fuí á Ceberio, el pueblo natal de mi abuelo materno, en el valle de Arratia, á asistir á una boda.

III

De aquella excursión á Ceberio, en efecto, y de la boda aldeana á que allí asistí me ha quedado indeleble memoria. Pero como la flor de lo más de las impresiones allí recibidas la llevé á las páginas de mi novela *Paz en la guerra*, aquí he de contraerme á otros particulares.

El aldeano—*jebo* ó *bato*, que con estos dos nombres se le conocía en Bilbao entre nosotros y por Carnaval con el de *paicu*—era un ser rodeado, como casi todos los seres á nues-

tros ojos infantiles, de un cierto nimbo y prestigio de misterio.

Tenía, por un lado, algo de cómico y hasta de grotesco; era el objeto de fáciles burlas. En Carnaval lo más socorrido era disfrazarse de aldeano, en especial de *chorierrico* («el de tierra de pájaros» ó sea del valle de Asúa, contiguo al del Nervión) con sus calzones formados de retazos de telas, ó de arratiano con el gran sombrero de ala replegada por detrás. El desmaño y la torpeza del aldeano llegaban á proverbio; la imitación de su chapurrado del castellano una de nuestras fuentes de regocijo.

Mas por otra parte era un ser que vivía otra vida, en medio de los campos, en su caserío, y á quien se le había poetizado. Hablaba otra lengua, una lengua milenaria, la de nuestros abuelos.

Tener conocidos ó amigos aldeanos era ya una distinción; tener parientes entre ellos algo de que se podía hablar.

Por Santo Tomás invadían las calles de la villa trayendo las rentas á sus amos y llevándose, en cambio, el consabido bacalao y algo

más. A casa venían á comer unos parientes de la aldea.

Tener parientes aldeanos convidados á comer es para el niño más que algo. Vienen de una manera especial, entran con otro paso que los demás hombres—sabido es que éstos hacen los caminos con las manos y los aldeanos los hacen con los piés—traen otro olor, olor á helecho y á vaca y á cosas campestres, saludan de otro modo, sin atreverse á quitarse la boina, y comen con arreglo á otras reglas de urbanidad, ó más bien de rusticidad. Se sientan muy separados de la mesa para que haga más trecho la cuchara desde la boca al plato y dejan siempre algo en éste como dando á entender que no tienen hambre. Y tenían, sobre todo, una manera especial de sonreirse, con sonrisa de Hércules bonachón, como dice muy bien Arzadun. La sonrisa, entre tímida y recelosa, del aldeano, es el poema de su cara.

Y de entre los aldeanos que rodeaban á Bilbao, de entre aquellos cuyos abuelos entraron más de una vez en la villa en son de *machinada*, los más típicos é interesantes eran los arratianos.

Arratia representaba en mi tiempo, y creo sigue representando, para los bilbainos lo más genuina y castizamente vizcaino, lo más irreductible á lo de fuera, el corazón de Vizcaya. Arratia era la leyenda. En sus anteiglesias, en Yurre, en Dima, en Arteaga, en Ceanuri, en Ceberio, se conservaba más puro que en parte alguna el descendiente de aquel que rechazó á romanos y godos y vándalos y moros. (Esto era una frase consagrada).

Iba á ir á Arratia, á Ceberio, á asistir á una boda aldeana! Iba á presenciar algo de lo que Trueba nos contaba!

Y fuí á Ceberio!

Como después he vuelto tantas veces me es imposible discernir de mi impresión de conjunto sobre aquel hermoso valle lo que pertenezca en ella á aquel mi primer paseo. Pero sí sé que cuando recorro aquella carretera, entre las dos cadenas de montañas vestidas de castaños, junto á los viejos caseríos cuyas maderas hablan de siglos de sosiego, mientras baja una dulcisima melancolía del cielo velado casi siempre, se me remeje en el corazón el poso de la niñez.

Por aquella carretera fuí más de una vez, en los días que en Ceberio permaneci, á su hermosa iglesia, de cuya portalada brotaban ecos de la honrada, de la honradísima poesía de mi tierra. Allá iban concurriendo las aldeanas, con sus mantillas de paño negro y la borlita sobre la frente, sonriendo con la sonrisa del campo al chico de Bilbao, que les miraba con la mirada seria de la villa. Allá iban acudiendo, lentos y como cansados, los 'aldeanos que resultaban luego algo parientes de mi abuelo.

Y en aquel caserío? en aquel triste caserío de Ugarte, enterrado en la barranca?

Allí, junto al fuego, cerrando los ojos mientras el humo buscaba salida por las rendijas que pudiese, pues el caserío no tenía chimenea, asándose entre tanto las castañas y oyendo al viejo contar cosas infantiles, de esas de infancia eterna, en un castellano balbuciente. Y luego aquel dormir en la ancha y profunda camota, enterrado en el colchón de paja de maiz, entre olores de campo. Y á la mañana, cuando el sol mete unas sutilísimas lenguas de luz por entre las rendijas de la ventana, sentir á la vieja que se desliza en el cuarto de punti-

llas, por no despertar al chico bilbaino, á cojer la botella del aguardiente y echar sus tragos de desayuno.

Y luego el largo día, el día á todo lo ancho y todo lo largo y todo lo profundo, el día sobre el campo, expandiéndose al aire libre, entre los castaños. Paseo por la mañana y paseo por la tarde, y leche en abundancia.

Paseo á aquella fuente de agua sulfurosa donde luego he visto levantar un establecimiento balneario y arrasarlo, paseo al alto de Sarasola, paseo al monte, paseo..... Cada mañana ¿á dónde va á ser la excursión?

De la boda nada diré aquí, pues que en mi *Paz en la guerra* he dicho.

Pero ¿cómo fué ello? ¿en qué consistió? La cosa fué como sigue:

No en la excursión de la boda sino después, cuando ya los casados tenían una hija y ella, la mujer, andaba la pobre no muy bien de la cabeza, sombría y reconcentrada. Y fué que me encontraba yo una tarde, al morir de la luz, en el balcón de madera del caserío, y por allí andaba el jóven casero, triste y metido en sí, y su padre sordo, y su mujer enajenada, y

el campo todo henchido de seriedad. Y me dió una congoja que no sabía de dónde arrancaba y me puse á llorar sin saber por qué. Fué la primera vez que me ha sucedido esto, y fué el campo el que en silencio me susurró al corazón el misterio de la vida. Empezaba yo entonces á bañarme en un romanticismo de que luego diré.

Allí, en Ceberio, dibujé y hasta pinté del natural un aldeano de Arratia real y efectivo, cojido en su propia tierra.

Lentamente, en un carro hasta Miravalles, volví á la villa.

IV.

Y volviendo ahora de esta excursión á la aldea al estudio de Lecuona, he de recordar cómo conocí también allí á Trueba, íntimo amigo de mi maestro y hermano espiritual de él.

Trueba solía ir á visitar á Lecuona, en el estudio de éste, todos los jueves y esta regularidad habitual de sus visitas, en el día tradicional del medio asueto, pinta al hombre.

Como le pintan otros detalles, de que ahora recuerdo dos.

En el cuarto piso de mi casa, debajo del estudio de Lecuona, vivía por entonces Don Manuel Rueda y este su nombre estaba grabado en una placa de metal, sobre la puerta. Y un día subiendo Trueba á visitar á su amigo, leyó la placa y exclamó con su lengua algo tartamudeante: «Manuel Rueda... pu...es que ruede, hombre, que ruede».

Otra vez llegó al aposento en que trabajaba su amigo en ocasión en que éste repasaba y retocaba como tenía por costumbre, una vista que había tomado al óleo del monte Cabras, cerca de Bilbao. Preguntóle Trueba, gran conocedor de los alderredores de Bilbao, qué era aquello y le contestó Lecuona que el monte Cabras. Y entonces aquel: «pues entonces dónde está un caminito, festoneado por zarzales, que hay en él?» y éste: «está por el otro lado.» Y Trueba se fué, muy inocentemente, rodeando el caballete, á mirar el cuadro por el reverso. Y cayendo al punto en la cuenta de su candidez, se puso colorado como un pavo, mientras Lecuona no podía con-

tener la risa ante la simplicidad de su amigo.

¡Almas sencillas! Habían nacido el pintor y el poeta para comprenderse. La poesía y la literatura en general de Trueba correspondía á la pintura de Lecuona; como ésta era aquella discreta, contenida, tímida y pobre. Los aldeanos que el uno pintaba eran los aldeanos de que nos hablaba el otro, aldeanitos de Nacimiento de cartón, cándidos como corderos y como ellos torpes.

Allí, en aquel estudio, conocí de vista á Trueba, con quien tuve amistad más tarde y de quien conservo otros recuerdos.

La actitud de Lecuona frente al Greco me trae á la memoria lo que años más tarde me sucedió con Trueba, que me dijo un día: «Pero, dígame usted, Miguel—así me trataba—ve usted, como Menéndez Pelayo, algo que valga en ese Goethe ó como se diga?» Porque el hecho es que jamás supo explicarse las famas de algunos poetas y escritores. La de Cervantes era una de las que no acababa de comprender, y en punto á teatro se murió creyendo que su amigo fraternal, Luis de Eguilaz, que expiró en sus brazos, había sido dramaturgo su-

perior á Calderón y *La cruz del matrimonio* superior á *La vida es sueño.*

Y Trueba á la vez que una tierra representa una época de la literatura española, aquella época de inocencia y candidez caseras sazonadas por tal cual socarronería inofensiva, aquella época de escritores que podían entrar en todos los hogares.

Este bueno de Trueba, con Samaniego y con otros, es el que inspiró al susomentado Menéndez y Pelayo—á quien nunca pudo tragar mi paisano, entre otras cosas por lo de ser santanderino—la frase aquella de «la honrada poesía vascongada», frase que á su vez me ha hecho decir á mí, reconociéndola por justa, que nos es menester deshonrar esa poesía.

Porque, en efecto, la literatura vascongada, si es que de ella se puede hablar no siendo hasta hace pocos años, se distinguió siempre por su honradez, esto es por su limitación, su discreción y su pobreza, por sus cualidades negativas. Hay que ir á buscar en cartas y escritos de Iñigo de Loyola, en relaciones y memorias olvidadas, en la ruda y áspera *Araucana* otras notas.

Y aquí sí que debemos achacarlo á la lengua.

El castellano no ha sido lengua indígena en mi tierra y aun los que lo hemos hablado desde la cuna, hémoslo hablado siempre como lengua pegadiza. Ha sido un castellano pobre. Y lós escritores ante el temor de que se les echase en cara concordancias vizcainas se han esforzado siempre, un poco servilmente, en escribirlo con pureza y corrección. En esto sobresalía Trueba, si bien es cierto que en su comarca natal, las Encartaciones de Vizcaya, se ha hablado siempre con singular soltura, y al modo montañés ó santanderino, el castellano. Y quien que lea con atención los escritos de Sabino Arana, el padre del bizkaitarrismo, no advierte el empeño que ponía en escribir lo más correcto y castizamente posible el habla castellana que aprendió en la cuna y en la que siempre se expresó y pensó, pues era la suya propia?

Este empeño y aquella vergonzosidad de que antes os hablaba han dado caracter á casi todo lo que hasta no hace mucho se ha escrito en mi pais vasco.

Y todo ello ha hecho que apenas se nos conozca, ya que á nuestros Aquiles les ha faltado Homeros de su talla.

El pueblo vasco, he dicho muchas veces remedando una frase de Carlyle sobre el pueblo inglés, ha sido un pueblo mudo; ha sabido hacer grandes cosas pero no contarlas. Y por eso ha pasado poco menos que inadvertido entre los pueblos bullangueros y voceadores de sus hazañas.

Ni Elcano, ni Legazpi, ni Urdaneta, ni Irala, ni Garay, ni Zamacola, ni Zumalacarregui, ni aun Iñigo de Loyola y Francisco Javier como vascos, han tenido quien nos cuente su alma formando parte del alma de su pueblo.

Lo más hermoso que de nosotros se ha dicho no lo ha dicho ningún vasco, sino un castellano, Tirso de Molina, en su drama *La prudencia en la mujer*. De allí son aquellos dos versos que de continuo se repiten en mi tierra:

> Vizcaino es el hierro que os encargo,
> corto en palabras, pero en obras largo.

Y es que no podemos llegar á ser también, quebrando un tanto nuestra vergonzosidad y deshonrando otro tanto nuestra poesía, no ya

sólo largos sino además anchos y profundos en palabras también, no sólo en obras?

Cuando rompamos del todo á hablar habrá que oirnos. Lo he dicho muchas veces y lo digo cada vez que leo á Baroja, á Maeztu, á Salaverría, á Iturribarría, á Arzadun, á otros más.

Yo fío en mi pueblo porque fío en mí. Y recuerdo que cuando, terminado mi bachillerato, salí de mi Bilbao para ir á estudiar la carrera en Madrid, llevaba en el alma como preservativo, aquel vago romanticismo vascongado.

V.

Fueron las obras de aquel ingenuo romanticismo, en efecto, las que en mis últimos años de bachillerato me llenaron de leyenda el alma. Fueron Navarro Villoslada, Goizueta, Araquistain, Vicente Arana, Trueba...

Los leí en libros de aquella biblioteca de la Santa Casa de Misericordia que estaba instalada en la plazuela del Instituto, á la entrada

de Iturribide. Era por suscrición y se podía sacar los libros y llevarlos á casa dejando una cantidad en depósito como garantía. Y los libros mismos llevaban al frente una esquela que decía: «Este libro es de los pobres; motivo más para tratarlo con todo el esmero y cariño posibles» ó cosa así. Inútil decir que la biblioteca había sido debidamente expurgada y que en ella no entraba libro ofensivo para la moral y las buenas costumbres ó contrario al dogma católico, y además el bibliotecario ejercía censura previa negando á ciertos lectores ciertos libros.

De libros de aquella memorable biblioteca leí *Amaya ó los vascos en el siglo VIII,* las *Leyendas vasco-cántabras*, *Los últimos iberos* y en general todo lo referente á leyendas de mi pais y además otras cosas. Entre las cuales recuerdo haberme dejado una impresión profundísima el poema de Tennyson, *Enoch Arden*, traducido por Vicente Arana. Así es que cuando más tarde, hace tres ó cuatro años, lo leí de nuevo, en inglés, á la impresión directa de tan hermoso poema se unió como eco armónico el recuerdo de aquella

otra lectura sorbida en la pubertad de mi espíritu.

A la vez que apacentaba mi alma con todas aquellas leyendas—forjadas artificialmente la mayoría—y todas aquellas fantasmagorías del remoto pasado de mi pueblo, estudiaba con todo ahinco el vascuence, en libros ante todo y buscando luego toda ocasión de oirlo hablar y aun hablarlo. Y entonces empecé á componer un diccionario vasco-castellano en que me proponía agotar la materia. Y para mayor esfuerzo lo hacía etimológico. Y aun guardo la enorme suma de materiales recojidos en bastantes años, á partir del último de mi bachillerato.

Cuando llegué á Madrid, á estudiar carrera, una de mis ambiciones, que comuniqué á mi condiscípulo y querido amigo Práxedes Diego Altuna, era escribir una historia del pueblo vasco en dieciseis ó veinte tomos en folio. Decidimos hacerlo entre los dos.

¡Veinte tomos en folio! Apenas da para uno la historia de mi pueblo de quien pudo escribir Cánovas del Castillo que «si los pueblos sin historia son felices, felicísimos han

sido los vascongados durante siglos.» Aunque yo creo más bien que ha sido una historia callada, hacia dentro, fuera del tablado de los pueblos teatrales.

A falta de esa historia, se forjó sobre endebilísimos cimientos y más bien al aire toda una leyenda romántica. Chaho, el bayonés, fué el principal forjador.

Apócrifo es, como hoy todos saben, aquel en un tiempo famosísimo *Canto de Altabiscar* que engañó á Humboldt, apócrifas son las más de las leyendas de mi tierra. Nuestra leyenda genuina está en el porvenir.

Llenaron mi cabeza los nombres de Aitor, el viejo patriarca que vino de la tierra en donde nace el sol—relacionando *euscaldun*, vasco, con *egusqui* ó *eusqui*, el sol—Lecobide, señor de Vizcaya, el que dicen luchó contra las huestes de Octaviano, señor del mundo; Lelo y Zara; Jaun Zuría ó el Señor Blanco que arribó desde Irlanda á las costas de mi patria y tantos otros sujetos de leyenda.

En cuanto tuve ocasión me fuí á Arrigorriaga á ver en el pórtico de su iglesia la sepultura de aquel príncipe leonés Ordoño—

príncipe completamente fantástico—á quien derrotaron allí mismo los vizcainos. El lugar se llamaba antes Padura, decían, y fué tanta la sangre que corrió que le bautizaron con el nuevo nombre de Arrigorriaga, esto es, pedregal rojo, pues la sangre trocó los pedruscos en mina de hierro, de que aquellos contornos son ricos.

Al poco de acabar yo mi primer año de bachillerato, el 21 de Julio de 1876, siendo Cánovas del Castillo presidente del Consejo de Ministros, se dictó la ley abolitoria de los Fueros, cesaron las Juntas Generales del Señorío en Guernica, se empezó á echar quintas, se estancó el tabaco, etc. Y en medio de la agitación de espíritus que á esa medida se siguió fué formándose mi espíritu.

De aquí mi exaltación patriótica de entonces. Todavía conservo cuadernillos de aquel tiempo, en que en estilo lacrimoso, tratando de imitar á Ossián, lloraba la postración y decadencia de la raza, invocaba al arbol santo de Guernica—á su santidad general para los vascos se unía para mí entonces la especial de que á su pié, en Guernica, vivía la que luego

fué y es mi mujer—evocaba las sombras augustas de Aitor, Lecobide y Jaun Zuría y maldecía de la serpiente negra, que arrastrando sus férreos anillos y vomitando humo, horadaba nuestras montañas trayéndonos la corrupción de allende el Ebro.

Y siempre que podíamos nos íbamos al monte, aunque sólo fuese á Archanda, á execrar de aquel presente miserable, á buscar algo de la libertad de los primitivos euscaldunes que morían en la cruz maldiciendo á sus verdugos y á echar la culpa á Bilbao, al pobre Bilbao, de mucho de aquello. Un cierto soplo de rousseaunianismo nos llevaba á perdernos en las frondosidades de la encañada de Iturrigorri, hoy echada á perder por el fatídico mineral.

Y recuerdo una puerilidad á que la exaltación fuerista nos llevó á un amigo y á mí, puerilidad que durante años hemos tenido callada. Y fué que un día escribimos una carta anónima al rey Don Alfonso XII increpándole por haber firmado la ley del 21 de Junio y amenazándole por ello. Pusimos en el sobre: «A S. M. el rey Don Alfonso XII.—Madrid»,

y al buzón la carta. Y cuando poco tiempo después llegó á Bilbao la noticia del atentado de Otero ú Oliva—no recuerdo de cuál y ahora no voy á ponerme á comprobarlo—nos miramos á la cara mi amigo y yo aterrados.

En aquel muelle del Arenal, frente á Ripa, ¡cuántas y cuántas veces no nos paseamos disertando de los males de la Euscalerría y lamentando la cobardía presente! ¡cuántas veces no echamos planes para cuando Vizcaya fuese independiente!

Por el mismo tiempo se formaba, en el mismo ambiente, el espíritu de Sabino Arana.

Empezaba á ponerse de moda entre nosotros lo de la aldeanería y el maldecir la villa, invención de hombres corrompidos. Había quien se avergonzaba de confesar que era de Bilbao, y decía ser del pueblo de alguno de sus padres ó abuelos siempre que fuese pueblo más genuina y exclusivamente vascongado.

Y, sin embargo, era la villa la que nos moldeaba el espíritu, era la villa la que nos infundía esa exaltación, era la villa la que estaba incubando el bizkaitarrismo, era Bilbao.

V.

¡Bilbao! villa fuerte y ansiosa, hija del abrazo del mar con las montañas, cuna de ambiciosos mercaderes, hogar de mi alma, Bilbao querido! á tí, como á su norte, se vuelve cuando posa en tierra mi corazón. Tú, tú me lo has hecho.

¡Cuántas veces abrazándote en una sola mirada desde las alturas de Archanda, acurrucada en el fondo de tu valle, agarrada á tu ría madre, cuántas veces al contemplarte así no he sentido que se abrían las fuentes de mi niñez é inundaban desde ellas mi alma aguas de eternización y de reposo!

Y tú no eres villa de descanso, no, no lo eres tú, mi Bilbao tormentoso, tú que luchaste durante siglos con el Señorío hasta domeñarlo en espíritu como hoy lo tienes domeñado, tú que fuiste á buscar mercancías á todas tierras y á todas tierras llevaste el hierro de tus montañas, tú que diste tus ordenanzas de comercio al mundo todo, tú que sufriste en guerras civiles, tú que te has arrojado heroica á la vida del negocio y la industria.

¿Quién como tú ha sabido luchar en estas luchas incruentas del comercio y de la industria? ¿Quién como tú pobló de buques los mares y abrió entre sus brazos, luchando con el mar, un refugio para los de todo el mundo?

Tú, mi Bilbao, has desparramado á hijos tuyos por toda España para que escudriñen sus entrañas y alumbren los tesoros minerales que ellas guardan. Y yo espero que también de tí, mi Bilbao, salgan escudriñadores y alumbradores de soterrados tesoros espirituales de nuestra España.

A tí, mi Bilbao, se te desconoce y se te calumnia, á tí no te quieren porque te temen. Tú eres todavía para ellos, para los otros, el

enigma y el misterio. Porque tú, corto en palabras pero en obras largo, hablas poco. Haces en silencio.

Silencio de siglos ha envuelto la incubación de nuestro espíritu vasco, y creen los pueblos habladores y teatrales que no hemos dicho nada porque nada teníamos que decir. No queríamos hablar para decir como ellos cosas livianas y pasajeras. Sentíamos vergüenza de ello.

Y esa vergüenza, esa enorme vergüenza que como una montaña de hierro pesaba sobre nuestra lengua robusta, esa vergüenza saltará cuando hinchiéndosenos el corazón de la grandeza de nuestra vida haga que la lengua lance la montaña.

De tí, mi Bilbao, de tí, el de los hijos locos para el negocio, de tí tiene que brotar una fuente de fuerza espiritual.

Cuando me protegías siendo yo niño, nosotros, los chicuelos de tus calles, nos burlábamos de los *farolines* que rebuscaban las palabras y eran redichos, diciéndoles: *aivá*, *pa que se le diga!...*

Aivá, *pa que se les diga!...* hay que echar

á la cara de esas gentes que rebuscan y acoplan las palabras de modo que les adormezcan los corazones cosquilleándoles los oídos.

Y nosotros, tus hijos, no para que se nos diga, sino para hacer. Nuestras palabras, palabras de hierro, palabras de hacer y no palabras de decir.

Nuestro viejo amigo Tirso de Molina dijo hablando de nuestra Vizcaya que «por su hierro España goza su oro». Que llegue á decirse que por nuestras palabras goza España su espíritu.

Aun quedan mares, si bien no ya mares de agua que pesa, por surcar; aun quedan tierras por descubrir y á donde llevar y de las que traer nuevos géneros de bienes; aun queda mundo.

Bilbao, mi Bilbao, no has de dar á otros de tus hijos las ansias inextinguibles y los anhelos insaciables que á mí, tu hijo, has dado?

No les dejes que se enmejurjen los oidos y se acorchen los corazones con las palabras melosas de los pueblos de tablado de feria, pues detrás de eso que llaman la gracia está la más grande de las desgracias humanas y

sobrehumanas. Ahoga esas voces seductoras con el eco de los martillos de tus ferrones al dar sobre el yunque en que se forja el hierro.

¡Arriba, mi Bilbao, que el porvenir es tuyo!

FIN